
FRANCISCO ANTONIO ENCINA

La América Española hacia 1810

A MODO DE UNA PRIMICIA, NOS COMPLACEMOS EN RECOGER, EN ESTAS PÁGINAS, EL PRESENTE CAPÍTULO INÉDITO DE LA OBRA DE DON FRANCISCO ANTONIO ENCINA, *Bolívar y la Emancipación de la América Española*, DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN, Y LO HACEMOS COMO PORTADA A LA CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DEL CÓDIGO CIVIL.

1. El mapa cultural hacia 1810; 2. Producción Intelectual; 3. La vida religiosa: catequismo y sensualismo; 4. La Inquisición; 5. El sentimiento religioso; 6. Diferenciación de las diversas secciones del Imperio colonial español; 7. Evolución de la América Inglesa; 8. Evolución de la América Española.

1

El tumultuoso impulso que los hacía insensibles al calor y al frío, al cansancio y al hambre, a los padecimientos y a los peligros, empujó a los conquistadores a recorrer el nuevo mundo de uno a otro confín. Las distancias, los ríos invadables, los mares, los desiertos, las selvas tropicales y las cumbres nevadas, lejos de arredrarlos eran estímulos que irritaban su audacia y sus ansias de riquezas, poderío y creación. Empero, el infierno verde no tardó en expulsarlos de su seno; las fiebres endémicas de las tierras calientes pronto dieron cuenta de los intrusos que se radicaron en ellas; la aspereza del clima y la desolación de los paisajes andinos desanimaron a los que los habían escalado, y la aridez de las costas desérticas del Pacífico del Sur obligó a proseguir su camino a los audaces que las recorrieron.

Empujados por la naturaleza, los españoles acabaron por replegarse a las mesetas y planicies andinas, ubicadas entre los 600, los 1.000 o los 2.000 metros sobre el nivel del mar, asientos de las últimas grandes civilizaciones americanas: la chibcha, la azteca y la incaica. En Nueva España se radicaron de preferencia en la altiplanicie central de México; en la América Central, en las planicies altas de las vertientes andinas que

miran al Pacífico; en Nueva Granada, Venezuela y Quito, en los fértiles valles de los Andes del Norte; en el Perú, en los contornos del Cuzco y en el Altiplano. Paralelamente surgieron algunas ciudades costeras en los lugares menos insalubres, que ya habían sido asientos de civilizaciones aborígenes: Lima, Guayaquil y otras de menor importancia. El tráfico comercial dió vida a otras, como Panamá, que hasta su saneamiento, siglos más tarde, fué un matadero humano. Más al sur, dentro de la zona templada, los conquistadores poblaron los valles transversales y el valle central de Chile hasta la ribera sur del Bío Bío, las márgenes del Río de la Plata y partes del Centro Norte y de la zona andina argentina. En los siglos XVII y XVIII, la aclimatación gradual del criollo, casi en su totalidad ya mestizado por las masas aborígenes, hizo posible la extensión de la agricultura a los valles feraces y de más fácil cultivo de las tierras calientes o semicalientes.

Como resultado de estos procesos, el mapa cultural de la América Española presentaba hacia 1810 el aspecto de focos o manchas aislados que emergían en un continente aún virgen. En el paisaje desolado de los Andes, más arriba de los 2.000 metros, tribus poco numerosas, restos de las antiguas culturas aborígenes, seguían practicando los cultivos de azada tradicionales, y apacentando en los yerbales ásperos y pobres un corto número de ovejas de Castilla, asnos, llamas y alpacas (carnero de la tierra). El paisaje de las selvas tropicales seguía siendo el precolombino. Tribus salvajes que vivían de la caza y otras que practicaban cultivos de azada, vagaban en ellas libres de todo contacto con los europeos. "Se ven naciones

que cultivan bien la tierra, que son hospitalarias, que parecen dulces y humanas, como los habitantes de Otaití, pero que, como éstos, son antropófagos”, escribía Humboldt a Willdenaw. Al sur del Bío Bío, los araucanos o mapuches mantenían su independencia y su cultura ancestral. Los indios de la pampa argentina, dueños del caballo, extendían sus correrías y depredaciones desde el Estrecho de Magallanes hasta la actual provincia de Buenos Aires y desde el Atlántico hasta los campos y los pueblos del centro de Chile.

La ardua labor cultural del pueblo español se bifurcó al comienzo en dos direcciones, que se reunieron más adelante en un solo haz: la evangelización de los indios, y el conocimiento del territorio, su geografía, sus recursos, sus habitantes y su historia. Dejando el primer aspecto para un párrafo posterior, vamos a reseñar el segundo. Las instrucciones impartidas por la Corona o sus representantes a los conquistadores y funcionarios, les mandaba recoger todo género de informes sobre las regiones que proyectaban reconocer o conquistar. Han quedado clásicas las que recibió de Velázquez Hernán Cortés, al partir de Cuba para la conquista de México. Aún más minuciosas son las que la princesa gobernadora impartió a Jerónimo de Alderete en la Real Cédula de 29 de mayo de 1555, al extenderle título de Gobernador de la Nueva Extremadura (Chile): “Porque nos deseamos saber las tierras y poblaciones que hay en la otra parte del dicho estrecho (de Magallanes) y entender los secretos que hay en aquella tierra, vos mando que desde las dichas provincias de Chile enviéis algunos navíos a tomar noticia y relación de la calidad de aquella tierra y de la utilidad de ella, y a saber y entender qué poblaciones y gentes hay en ella, qué cosas se crían y qué manera de vivir y costumbres tienen los que la habitan e si es isla e qué puertos hay en ella y de qué manera se navega aquella costa, y si hay monzones o corrientes, e a qué parte, e qué curso hacen, e qué manera de religión tienen e si son idólatras, e qué manera tienen de gobierno, e qué leyes e costumbres, e qué minas e metales e qué otras cosas que sean provechosas hay en la dicha tierra, e si comen carne humana e si hay o hubo entre ellos memoria de nuestra religión o de otra secta, e si tienen reyes por elección, o suceden por herencia e derecho de sangre, e qué tributos pagan a sus reyes”.

Una vez asentada la conquista, los virreyes, capitanes generales y gobernadores, cumpliendo las órdenes de Madrid, estimularon las investigaciones sobre las culturas precolombinas. El virrey don Francisco de Toledo, en su visita al virreinato, llevó consigo al célebre cosmógrafo y marino Pedro Sarmiento de Gamboa para que realizase el estudio científico, geográfico e histórico del ex imperio incaico, trabajo que culminó en su *Historia de los Incas*, pese a Sir Clemente Marhkmann y su singular criterio histórico, una de las fuentes más seguras de información sobre su pasado histórico¹.

La misma tarea de Sarmiento de Gamboa habían acometido antes o emprendieron más tarde, Cortés, Garcilaso de la Vega, Ondenegardo y muchos cronistas más; y sus resultados han quedado en sus cartas y en sus obras. Mientras algunos frailes en estado delirante arrasaban las creaciones de las culturas aborígenes y destruían los documentos conmemorativos, para raer de la haz de la tierra hasta la última huella de idolatría, otros más inteligentes y sensatos rivalizaban con los laicos en el empeño por reunir datos sobre el pasado precolombino. Sahagún recogió en su *Historia Universal de las Cosas de Nueva España* la mayor parte de lo que sabemos sobre la confederación azteca. Torquemada, Acosta, Motolinia y muchos más siguieron sus aguas.

Paralelamente a la evangelización y al conocimiento del territorio, sus habitantes y su historia, se desarrolló la labor educacional, realizada hasta el segundo tercio del siglo XVIII casi exclusivamente por las órdenes religiosas. Desde el primer instante, la enseñanza tomó un norte cónsono con el pensamiento de los Reyes Católicos, de Carlos V y del pueblo español: la formación de una España gigantesca, mediante el transporte al nuevo mundo de todos los aspectos de la cultura española. Mientras Francia limitaba en sus colonias la enseñanza al aprendizaje de la lectura, la escritura y los rudimentos de la aritmética, para obligar a los criollos que aspiraban a seguir una carrera liberal o a ingresar a la milicia o al sacerdocio, a estudiar en la metrópoli y a impregnarse de su ambiente, España tomó la meta opuesta, o sea, la de facilitar a los

¹ Sobre Pedro Sarmiento de Gamboa, véase nuestra *Historia de Chile*. Tomo I, págs. 68 a 69, de la 3ª Ed.

criollos la enseñanza en todos sus grados dentro de las propias Indias².

En los primeros tiempos que se siguieron a la conquista, el desarrollo de la enseñanza tropezó con dificultades de toda naturaleza; faltaban los maestros y los textos, y los alumnos eran casi exclusivamente los hijos mestizos de los conquistadores y los de algunos caciques mexicanos y peruanos. Mas, poco a poco, las órdenes religiosas abrieron colegios de primeras letras, y más adelante escuelas de gramática y latinidad, que, con algunas reservas, corresponden a la actual enseñanza secundaria. En los primeros días que se siguieron a la conquista de México, se abrió el colegio de Letrán, establecimiento de primeras letras con un anexo de gramática latina para niños varones. Al mismo tiempo las monjas abrieron colegios para niñas, en los cuales se les enseñaban también las labores de su sexo. En otras secciones los primeros maestros fueron seglares que se dedicaban a la enseñanza por su propia cuenta. En 1568, Pero Hernández de Paternas se dedicaba habitualmente en Santiago de Chile "a mostrar a leer a los mochos".

El establecimiento de los jesuitas dió a la enseñanza, de uno a otro confín de la América Española, el impulso más recio que en un momento dado haya recibido hasta hoy día. Su esfuerzo docente se polarizó de preferencia en las escuelas de gramática y latinidad, que se caracterizaron en el terreno literario por una acentuada tendencia renacentista, basada en el estudio de los clásicos y en la filosofía de Suárez, con completa prescindencia de las carreras liberales (que continuaron siendo del resorte de la enseñanza universitaria), de la educación económica y de la enseñanza profesional.

La expulsión de la orden en 1767 fué para la enseñanza secundaria (las escuelas de gramática y latinidad) un golpe del cual no se repuso en el resto del período colonial. Los esfuerzos del Gobierno por reemplazarla con colegios similares, chocaron con dificultades invencibles. Los victoriosos de San Francisco Javier y Carolino, en Santiago de Chile, arrastraron una vida lánguida. En los 36 años que vivió el segundo, egresaron de él mil alumnos, o sea menos de 30 por año, que habían recibido una enseñanza huma-

nista muy inferior a la jesuita. Los tres colegios que se fundaron en Buenos Aires y los colegios reales y conventuales que se sucedieron a los de los jesuitas, tenían una matrícula de filosofía y gramática de 223 alumnos. Quizás sea el Colegio de San Carlos en Lima el que más logró aproximarse a la extinguida enseñanza jesuita.

A mediados del siglo XVI, se crearon las universidades de Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo (1538), de Lima y de México. Esta última, mandada fundar por Carlos V, en 1º de septiembre de 1551, abrió sus puertas en 1563. Creada con todos los privilegios de que gozaba la de Salamanca, a la sazón la segunda de Europa en importancia³ y objeto predilecto de la atención de los Virreyes, ocupó el primer lugar en la América Española. La siguieron en importancia la de San Francisco Javier de Chuquisaca (Bolivia), y la de San Marcos de Lima. En 1810, todos los virreinos, capitánías generales y presidencias tenían una o más universidades. Hacia la misma fecha, su número, entre reales y pontificias, llegó a 18.

Lo mismo que en la península, la enseñanza hispanoamericana no se basaba en la tradición y en la cultura españolas, sino en la historia y en la cultura clásicas; era una enseñanza descastada y abstracta, sin calor ni vitalidad humanos, que tendía a lo universal y no a lo nacional. "Ni el blanco, ni el mestizo, ni el mulato, ni el indio, ni el negro —dice Madariaga, uno de los pocos que han reparado en este dato trascendental— aprendían en las Indias: Historia, Letras, Artes o Cultura españolas. La enseñanza se apoyaba en los clásicos. Gramática significaba gramática latina. Letras quería decir Horacio, Virgilio y los demás clásicos, no Lope, Calderón o Cervantes. Filosofía era Aristóteles, no Suárez. Por Derecho se entendía a Santo Tomás y a Justiniano; no a Vitoria ni a ninguno de los maestros de la brillante Escuela de Salamanca. Los súbditos que el Rey de España tenía en el nuevo mundo aprendían una cultura cristiana-romana-humana, no una

² A pesar de que Defrons subrayó estas opuestas críticas a principios del siglo XIX, salvo Madariaga, ningún historiador ha reparado en la dualidad de orientación.

³ En 1580 la Universidad de Salamanca tenía 60 cátedras y una matrícula de 6.678 estudiantes. La seguía en importancia entre las españolas, la de Alcalá. En 1619 el número de las universidades españolas llegó a 32, y ya asomaba con fuerza el proletariado intelectual, con sus desastrosas consecuencias morales y económicas.

cultura española”⁴. Para mayor claridad, conviene subrayar el hecho de que el catolicismo imprimió su tendencia universal y abstracta a la enseñanza sistemática lo mismo en España que en la América Española. Pero, mientras en la península el genio nacional que se expresó con Lope, Calderón, Cervantes, Quevedo, Vitoria, Vives, Suárez, Velázquez, etc., convivió con la enseñanza clásica y la frenó mientras en el mundo virgen de la América Española ésta reinó como déspota soberana sobre blancos, mestizos, indios, mulatos y negros.

Con otras palabras, lejos de ser un vínculo de unión espiritual, como el idioma y la religión, es un embrión de cultura, aún sin vitalidad propia y lista para recibir las influencias de las culturas que sucesivamente prevalecieron en la Europa Occidental. La violenta despañolización cultural que se siguió a la Independencia, estaba ya gestada hacia 1810; los odios engendrados por la lucha armada, soplaron sobre un fuego ya encendido⁵.

La expulsión de los jesuitas produjo, como acabamos de ver, un profundo desquiciamiento, sobre todo en la que hoy denominamos enseñanza secundaria. En cambio, no se dejó sentir en la enseñanza superior. Isidoro Celis enseñaba la física de Newton y otros frailes y seglares profesaban las filosofías de Bacon, Locke y Condillac.

Este florecimiento filosófico y científico coexistió con una singularidad que movió a los historiadores del siglo pasado a negar su existencia: el exagerado predominio de los estudios legales y eclesiásticos, como corolario de la índole de la cultura clásica, en pueblos que vivían de la mano de obra del esclavo y del tributo del vencido; del desprecio cristiano por la actividad económica; de los prejuicios sociales reinantes en las jóvenes sociedades hispanoamericanas, y de la blandura del medio. Hacia 1810 todavía la enseñanza superior comprendía casi exclusivamente las materias del foro y de la carrera eclesiástica. En 1678, por iniciativa de la Corona, se fundó en la Universidad de San Marcos de Lima, una clase de ma-

temáticas; y un siglo más tarde, en 1789, el Virrey Conde de la Plata, decía: “No tiene discípulos y el catedrático no puede cumplir con la obligación de leerla porque no tiene a quién leerla”. Algo parecido ocurría con el estudio de la medicina, tenida por oficio bajo, propio de mulatos y mestizos. En las universidades donde funcionaban las cátedras correspondientes a esta profesión, tenían cortísimo número de alumnos de modesta condición social.

La enseñanza de las artes industriales parece haber tomado cierto desarrollo en Lima y en México. Los alumnos naturalmente eran mulatos y mestizos. Pero, o mucho nos engañamos o el grueso de los artesanos que existían en ambas capitales se habían formado como aprendices en el taller de sus padres o de sus maestros. El entusiasmo caquetista de las órdenes religiosas durante el siglo XVI, lidiando con la dificultad casi invencible de los centenares de dialectos, dió vida a la enseñanza de los indígenas. Para facilitarla, los frailes compusieron gramáticas y catecismos en lenguas aborígenes y diccionarios español-naohuatl, quechua, etc.

La historiografía hispanoamericana del siglo XIX, informada en lo intelectual por el espíritu del enciclopedismo, y en lo sentimental por el odio a España y al pasado español, odio, por lo demás, de genuina cepa española, impuso al pensamiento universal la imagen de un enjambre de pueblos sedientos de cultura y especialmente de libros, que la Metrópoli mantuvo en el oscurantismo y la ignorancia durante tres siglos. El juicio que surge de la escrutación de los documentos es el diametralmente opuesto, o sea, el de una cultura metropolitana que espontáneamente irradió sobre las Indias, sin encontrar eco en pueblos aún en plena infancia mental, que, salvo un corto número de individuos, todavía no habían desenvuelto la sensibilidad estética ni la curiosidad científica, que inclinan al cultivo desinteresado del espíritu y a las distracciones de orden intelectual.

Durante los tres siglos que duró la dependencia de España los libros se apollaban en las bibliotecas por falta de lectores. Ya en 1575, Fray Alonso de la Veracruz había reunido una librería que constaba de 4060 cuernos de todas materias. Al finalizar la colonia el número de las librerías y su dotación había aumentado mucho. En el inventario que se hizo de la de los jesuitas en la provincia de Chile, se catalogaron

⁴ *Cuadro Histórico de las Indias*, pág. 375. Hay que hacer una salvedad respecto de Aristóteles. Hemos visto que los jesuitas adoptaron la filosofía de Suárez, y más adelante veremos que filósofos del siglo XVIII reemplazaron en las universidades a Aristóteles, en cierta escala.

⁵ Sobre los efectos del mestizaje en la evolución mental, véase la *Historia de Chile*, tomo V, págs. 539 y siguientes.

15.028 volúmenes, incluyendo los inventarios extraviados, seguramente su número excedía de 20.000. Estaban divididos por materias en 42 secciones: lingüística y literatura, poesía, historia religiosa, biografía religiosa, historia, biografía, oratoria sagrada, filosofía, medicina, matemáticas, geografía, jurisprudencia, derecho canónico, moral, teología, temas bíblicos, clásicos religiosos, etcétera. En ella figuraba casi la totalidad de las obras científicas y literarias publicadas en Europa hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

En cuanto a las prohibiciones de la Inquisición y de la Corona, no fueron más allá de las corrientes en los demás países europeos hacia esa fecha, y no se las respetó. El Virrey don Francisco de Toledo dice que, en su época, las prohibiciones de internación de libros habían caído en desuso. El reciente hallazgo del *registro de libros que pasaban a América*, que ningún historiador conocía, ha puesto en evidencia el hecho de que el número de libros era excesivo para las necesidades intelectuales del nuevo mundo hacia esa época, y que, a pesar de que las tres cuartas partes correspondían a temas religiosos, místicos y filosóficos, en la cuarta parte restante estaban comprendidas casi todas las grandes obras científicas y literarias. Entre los autores más leídos figuran en las listas Luis Vives, Fray Luis de Granada, Camoens, Ercilla, Mariana; y entre los clásicos, Virgilio, Terencio, Salustio, Marco Aurelio, Ovidio. El reinado despótico de Aristóteles y de Ptolomeo no tiene otra base que la repetición gregaria de eruditos que carecían del poder cerebral necesario para darse cuenta de la urdimbre ideológica de la literatura colonial. Dentro de la realidad, informaban nominalmente la enseñanza oficial, pero Vives y Mariana ejercieron sobre un grupo de intelectuales hispanoamericanos una enorme influencia hasta nuestros días insospechada, que más adelante actuó como fermento interno en la génesis de la emancipación.

Por lo que respecta a la literatura, además de las grandes obras maestras, pasaban a América cargamentos de obras de pacotilla y especialmente de comedias, dato que ya las *Noticias*, de Juan y Ulloa hacían sospechar antes del conocimiento de los Registros de Exportación. Y que esta tolerancia, si así se la quiere llamar, se prolongó hasta las vísperas de la revolución de la Independencia, lo dicen los memorialistas. Para no

alargar, basta el testimonio de Humboldt. Refiere que en Caripe encontró el teatro crítico de Feijóo, las *Cartas Edificantes*, el *Tratado de Electricidad* de Nollet y la *Química* de Chapal.

En el último cuarto del siglo XVIII, menudearon las prohibiciones de obras de índole revolucionaria, pero quedaron incumplidas. "Todos los días entran aquí obras nuevas que vomitan Amsterdam, Leyde, Londres y otras bocas semejantes", escribía en 1777 el Obispo de Cuba al Inquisidor General. En el capítulo que consagramos a la génesis de la Emancipación veremos que la literatura enciclopedista circuló en América con más libertad que en la mayoría de los países europeos. Las prohibiciones arreciaron desde que estalló la Revolución Francesa, sin lograr más éxito práctico que las anteriores.

En cuanto al otro vehículo de la cultura, la imprenta, en 1539, o sea unos 100 años antes que Boston tuviera imprenta, se imprimió en México la *Breve y Más Compendiosa Doctrina Cristiana en Lengua Mexicana y Castellana*, y pronto la siguieron textos de astronomía, medicina, filosofía, gramáticas, vocabularios, etc. En el siglo XVII el número de imprentas aumentó a 4. En Lima, la primera imprenta data de 1574, en Guatemala, de 1667; en el Paraguay, de 1705; en Santa Fe de Bogotá, de 1739; en Quito, de 1755; en Buenos Aires, de 1760, 1766; en La Habana, de 1765; en Caracas, de 1806; y en Santiago de Chile, de 1812.

En 1620 se publicó el primer periódico peruano titulado *Relación de cosas notables del Perú*; y en 1722 apareció en Nueva España la *Gaceta de México*. En 1744 comenzó a publicarse en Lima, bisemanalmente, la *Gaceta de Lima*, y en 1791 el *Mercurio* peruano, diario de corte moderno, sucedió al *Diario Erudito, Económico y Comercial* de Lima. Finalmente el Virrey Gil de Taborda fundó la *Gaceta del Gobierno de Lima*.

En el último tercio del siglo XVIII, las sociedades económicas de amigos del país, cumpliendo su programa, iniciaron la publicación de periódicos que, salvo en una que otra metrópoli o capital de provincia, tuvieron limitada circulación. En cambio el *Espiritu de los Mejores Diarios*, fundado en España por iniciativa de Floridablanca y cuya lista de suscriptores encabezaba el propio Carlos III, tuvo bastante circulación en América (Humboldt).

Veamos ahora los resultados de la influencia cultural de España en América, a través de memorialistas que aparentemente se contradicen en forma inconciliable. Empezando por el anverso de la medalla, "En las colonias españolas —dice Humboldt— la curiosidad, lejos de ser un ocio pasajero, nace de un ardiente deseo de instruirse, y se manifiesta con un candor y una ingenuidad propios en Europa de la primera juventud", o sea en la forma que toma en la infancia mental. "Hacia 1799-1800 en las grandes capitales, México, Lima y Santa Fe de Bogotá, los nombres de Haller, Cavendish y Lavoisier empezaban a reemplazar a las antiguas cumbres de la nueva filosofía" (las ciencias naturales, la química, la física y la astronomía). "Me pareció —añade Humboldt— advertir una marcada tendencia al estudio profundo de la ciencia en México y en Santa Fe de Bogotá; más gusto por las letras y por lo que halaga a las imaginaciones ardientes y vivas, en Quito y en Lima; más luces sobre las relaciones políticas de las naciones, ideas más amplias sobre el estado de las colonias y la metrópoli, en La Habana y en Caracas".

En cuanto a la importancia de los grandes focos culturales. Lima deslumbró a Juan y Ulloa, "Lima —dicen— aventaja a las demás (ciudades) en la cultura de los entendimientos, y aun parece que quiere sobrepasarlas en los quilates de la perfección acrisolada en ellos por natural prerrogativa del clima". En cambio, Humboldt, advirtiendo el alto refinamiento y la gracia de la cultura limeña, se detiene más en la envergadura científica de la mexicana. "No hay ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar a los Estados Unidos —dice— que presente establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. La Academia de Artes Nobles posee una colección de yesos más bella y más completa que las de Alemania". Aludiendo a la belleza y majestad de los edificios, inclusive algunos de las capitales de provincia, agrega "podrían figurar en las mejores calles de París, Berlín o Petersburgo". De la orfebrería dice: "en pocos países se ejecutan en mayor cantidad que en México grandes piezas de orfebrería. Aún las ciudades pequeñas tienen talleres de platería, en los cuales trabajan orfebres de todas las castas, blancos, mestizos e indios. La Academia de Bellas Artes y las Escuelas de Dibujo de México y de Jalapa han contribuído eficazmente a formar el

gusto por las bellas formas de la antigüedad". Su juicio sobre la Escuela de Minería es altamente favorable.

Ahora el reverso de la medalla. Hemos visto que el mapa cultural de la América Española hacia 1810, evoca la imagen de un archipiélago: manchas culturales aisladas de distintas extensiones, salpican un océano de naturaleza aún inculta. Dentro de las manchas de civilización el fenómeno se repite. Los focos culturales contrastan con el atraso del resto del país; y dentro de cada foco, el número de los hombres cultos es muy corto. Ya Humboldt subraya el contraste que ofrece la civilización de la Nueva España con la atrasada cultura de las regiones de la América meridional, que acababa de recorrer. Pero es Alamán el que ha calado más hondo en esta modalidad de la cultura hispanoamericana hacia 1810. "No puede decirse —escribe— que la clase española, comprendiendo en esta expresión tanto a los nacidos en España como en América, fuese la clase ilustrada; pero sí que la ilustración, que había en el país estaba exclusivamente en ella. De los europeos, los que venían con empleos en la magistratura y en el clero, tenían la instrucción propia de su profesión, sin exceder, sino rara vez, de los límites que prescribía el ejercicio de ésta y lo mismo sucedía entre los oficinistas; los que venían a buscar fortuna, no tenían instrucción alguna y adquirían, a fuerza de práctica, la necesaria para el comercio, las minas y la labranza. Entre los americanos había más y más profundos conocimientos y esta superioridad era una de las causas que, como he dicho, los hacía ver con desprecio a los europeos, y que no poco fomentaba la rivalidad suscitada contra ellos. Sin embargo, esta instrucción casi estaba reducida a las materias del foro y eclesiásticas, y se limitaba a México y a las capitales de los obispados... En los colegios de la Compañía (de Jesús) fué donde se dió mayor extensión a la enseñanza, pues, además de la filosofía y de la teología, se cultivaban en ellos las bellas letras, y muchas de las composiciones latinas en prosa y en verso que nos quedan de los discípulos que en ellos se formaron presentan el buen gusto que se les inspiraba en las lecciones que recibían... Reducidos, pues, los estudios, a la filosofía como estudio preparatorio, a la teología, leyes y medicina, esta última poco apreciada, se dedicaban a ellos los que lo consideraban como una carrera lucrativa; mas la gente

acomodada no veía necesidad de instruirse y dejando el cultivo de las letras a los eclesiásticos y a los abogados, que se llamaban exclusivamente letrados, en vez de buscar en el adorno del espíritu la más noble ocupación, o por lo menos, una honesta distracción y entretenimiento, se abandonaba al juego y a la disipación o pasaba su tiempo en la ociosidad y en la ignorancia; sólo algunos pocos individuos aplicados adquirían instrucción en la historia y otros ramos, en virtud de lecturas y estudios privados, que se dificultaban por la escasez y el alto precio de los libros; y aunque en las facultades que se enseñaban hubiese hombres muy distinguidos, especialmente entre los eclesiásticos... en general era grande la ignorancia en materias políticas y aun en la geografía y otras ciencias elementales. Sin embargo, lo que se estudiaba era bien y sólidamente... Las ciencias exactas útiles para la minería, se cultivaban en el Seminario de este nombre, de muy reciente fundación; pero, aunque este establecimiento fué fomentado con especial empeño y produjo algunos pocos hombres distinguidos, nunca su utilidad ha correspondido al gasto que en él se ha erogado; y lo mismo sucedió con la Academia de las Bellas Artes, fundada en el reinado de Carlos III, pudiendo decirse que hubo buenos pintores antes que hubiera escuela en qué se formasen y que dejó de haberlos desde que ésta se estableció"⁶.

Como ocurrió hasta hoy día, y como seguirá ocurriendo mientras nuestros sentimientos sigan coloreando la realidad objetiva del pasado, nuestro intelecto no acierta a conciliar las contradicciones de los memorialistas, cuyos testimonios y juicios acabamos de transcribir y cuya ponderación y sagacidad son indiscutibles. Pero, si sustituimos el pasado colonial elaborado por la infancia mental, por la representación de nuestros actuales cerebros, la claridad fulgura con extraña fuerza.

Al revés de Francia, Inglaterra, Portugal y Holanda, España, empujada por la quimera de crear en América una nación gigantesca, desplegó en ella un esfuerzo cultural desproporcionado a su vitalidad y casi racionalmente inconciliable con la postración y laxitud en que cayó durante el siglo XVII. Pero ese esfuerzo, que en ningún caso habría logrado superar la vastedad del medio físico y el aislamiento de los focos culturales, se

estrelló contra la infancia mental determinada por el cruzamiento de las razas. Los pueblos, lo mismo que los individuos, necesitan cierto grado de desarrollo mental no sólo para crear una cultura propia, sino también para asimilar una extraña. Las observaciones de Humboldt son exactas y las de Alamán también lo son. Sólo que el primero, a fuer de intelectual, se extasía ante el esfuerzo cultural español, ante el saber de Mutis y de un centenar de catedráticos eminentes, ante los programas y la suntuosidad de las universidades, de los seminarios y de las academias; y prescinde involuntariamente de los resultados de la labor cultural. Por el contrario, la gerencia de vastos negocios, la política y la vida en toda su integridad habían evitado en Alamán el desequilibrio en sentido intelectual, y sus juicios, en vez de posarse complacidos sobre la docencia científica, se polarizan en los resultados, en lo que fué en vez de lo que debió ser.

Mayor trascendencia sociológica tiene otro aspecto de la cultura hispanoamericana hacia 1810, que ha pasado casi totalmente inadvertido: su exotismo. Respecto del aborigen, del negro, del mulato y del mestizo, que formaban el 80% de la población, era una influencia sociológica incongruente con su grado de desarrollo mental, amén de chocar con sus culturas ancestrales; respecto del criollo, más allá del lenguaje, la religión y los rasgos cardinales del alma española, era una imposición que necesitaba amoldarse al grado de desarrollo mental, al temperamento, al carácter y a los medios físicos y morales de los nuevos pueblos. Con otras palabras, hacia 1810 los pueblos hispanoamericanos, todavía no poseían una cultura infantil y retrasada, emergida de su propia alma, como se ha dicho y se sigue diciendo hasta hoy día. Lo que se ha tomado por tal era una imposición extraña, si se prefiere, una capa de barniz con adherencias parciales en la quinta parte de la población, que, para no desconcharse, necesitaba ser sostenida durante dos o más siglos por la influencia de la cultura occidental moderna, de la cual deriva.

2

La representación del pasado ha sido hasta hoy día, en grado mayor o menor, una serie de compromisos con los sentimientos gratos a la colectividad de que hacemos parte. Uno de estos compromisos ha creado el

⁶ *Historia de México*, tomo I, págs. 26 a 28.

mito de una cultura hispanoamericana colonial, o sea, el despropósito del nacimiento de una cultura anterior a la formación de la raza, cuyo genio la engendró. Limitándose al aspecto literario y científico de la cultura, lo que se ha denominado literatura hispanoamericana colonial procede de tres fuentes distintas que tienen significación muy diversa en el nacimiento y el desarrollo de una cultura: las producciones literarias o científicas de españoles que escribieron en América o sobre temas americanos; las traducciones y los libros originales escritos en sus dialectos por indios americanos y por mestizos en los cuales prevalecieron la sangre y el medio aborígenes, y las obras, casi invariablemente limitadas, de autores españoles, escritas por criollos blancos americanos.

Más adelante resaltaré la importancia trascendental que tiene esta distinción en la historia de la génesis y de los primeros pasos de la evolución intelectual de la Colonia. Pero, para la claridad, conviene descartar desde el primer momento a los indios que escribieron en su propio idioma o que tradujeron a él obras castellanas o latinas. Algunos indios y mestizos tradujeron a Ovidio, Petrarca y León Hebreo al español; don Bartolomé de Alba, vástago de la casa Real de Texcoco, tradujo al naohuatl dos obras de Lope de Vega; Espinoza Medrano (el Lunarejo) escribió en quechua un drama bíblico y se le atribuye el *Ollantay*, y en español, un caluroso panegírico de Góngora, elaborado con reminiscencias de lecturas españolas. Pero estas producciones de indígenas no son lampos de una cultura que expira, ni golondrinas precursoras de una cultura por nacer; son simples remedos de una cultura que no es ni será la de los autores. El juicio del gran mestizo Garcilaso sobre los indios: "Fueron poco o nada inventivos de suyo; y por el contrario, son grandes imitadores de lo que ven hacer", no interesa a la historia literaria de la Colonia. Su importancia sociológica dice relación al futuro de los pueblos hispanoamericanos, a la calidad del aporte mental de las grandes masas indígenas aún no absorbidas que quedan en América y que, en el correr del tiempo, se refundirán en la capa mestiza españolizada, para formar verdaderas nacionalidades.

El género literario que dominó al principio en todas las secciones de América fué la crónica, o sea, el relato de los hechos de los españoles. Casi siempre el cronista actuó en los acontecimientos que narra, o los cono-

ció por el testimonio directo de los actores. Limitándonos a las cartas y crónicas que hemos tenido oportunidad de leer y de escuchar para fines históricos, el género está bien representado por Colón, Las Casas, Hernán Cortés, Pedro de Valdivia, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Jerez, Fray Toribio de Benavente (Motolinia), Fray Bernardino de Sahagún, Jiménez de Quesada, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y su secretario Pero Hernández, Alonso Enríquez de Guzmán, Agustín de Zárate, Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lovera, Francisco Cervantes de Salazar, Pedro Sarmiento de Gamboa, Juan Polo de Ondenegardo, Juan de Betanzos, Cristóbal de Molina, Diego Fernández Palentino, Pedro Cieza de León, Luis de Miranda, López de Gómara.

Los cronistas se agrupan espontáneamente en seculares y religiosos; y se reagrupan en conquistadores, cuyas letras no iban más allá de la lectura de algunos libros de caballería, que relatan lo que hicieron, presenciaron u oyeron, como Dios se los dió a entender, al margen de toda norma literaria; y en civiles y frailes letrados. Los primeros oscilan desde la *Historia de Chile de Góngora Marmolejo*, en la cual una auténtica intuición histórica discrimina espontáneamente la verdad en la maraña inextricable de los relatos falseados por la fantasía o por las pasiones, y los destaca en una imagen nítida a través de su estilo incorrecto, pesado y ramplón, hasta la frágil, pero coloreada y apasionante *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Las relaciones frailesas apenas cuentan en este primer grupo.

En el segundo grupo, la condición laica o eclesiástica del autor pesa decisivamente en el marco ideológico sentimental que encuadra la obra. Salvo uno que otro cerebro perturbado por las abstracciones legendarias de la bondad y la maldad naturales del hombre, los letrados civiles ven al indio tal cual era física, intelectual y moralmente; mas, con su época resbalan sobre la superficie de las grandes diferencias que advierten entre el aborígen y el europeo. Oviedo conviene en que los indígenas son hombres y no bestias; pero son viles, cobardes, viciosos, ingratos, falsos, perezosos y estúpidos; y esta visión del cronista instintivo se destaca apenas matizada en los cronistas civiles letrados: Cervantes de Salazar, Pedro Sarmiento de

Gamboa, Agustín de Zárate, Alonso Enríquez de Guzmán, Gonzalo Jiménez de Quesada, Luis de Miranda. Por su poder cerebral, su viva curiosidad científica y su extenso y variado saber, Sarmiento de Gamboa ocupa la cúspide en la pirámide formada por este grupo.

Abre la portada de los cronistas y memorialistas religiosos, la recia personalidad del dominico Bartolomé de las Casas (1474-1546), con su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, *Las Antiguas Gentes del Perú* y la *Historia de las Indias*⁷. Cerebro delirante, incapaz de percibir la realidad objetivamente, ni de captar las recónditas raíces de los móviles humanos, simbolizó en la codicia el complejo impulso que presidió la conquista de América: el ansia de gloria, el catequismo cristiano, la expansión de la nacionalidad, el sentido heroico de la vida, el ideal caballeresco, el espíritu de aventura, la atracción de lo maravilloso, de la fortuna y de los elementos invisibles que informan el vértigo de creación. Andalucía desaforado y fantástico, representó a los españoles como villanos y a los indios como "gentes de la edad dorada, que tanto por los poetas e historiadores fué alabada"; impuso al mundo por cuatro siglos una imagen tan espeluznante de la crueldad y de la barbarie de la conquista de América por los españoles, que relegó al claroscuro las atrocidades de ingleses, portugueses, franceses y holandeses, y fué el punto de arranque de la leyenda negra contra España. Los dos grandes cronistas religiosos restantes, fray Bernardino de Sahagún (1500-1590, autor de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España*), y Motolinia (fray Toribio de Benavente, muerto en 1569, autor de la *Historia de los indios de Nueva España*), están animados de un sentimiento religioso tan recio y mucho más cristiano que el del frenético padre Las Casas; pero ven el pasado indígena y al indio objetivamente, y sitúan la dureza y las destrucciones de la conquista dentro del medio mundial de la época y de la naturaleza humana. Desde otro punto de vista, en fray Bernardino de Sahagún aflora un cerebro favorecido con una poderosa intuición científica y una agudeza y solidez de juicio que lo levantan por encima de todos los cronistas coloniales, sin distinción de tiempo ni de eclesiásticos y seculares.

⁷ La *Historia de las Indias*, sólo se imprimió en 1875-76.

El desarrollo y el asentamiento de la población española en América de fines del siglo XVI, coincidió con el segundo renacimiento literario o con la contrarreforma religiosa española. La superabundante producción literaria peninsular, atropellando barreras y prohibiciones, se volcó sobre la América y especialmente sobre Santo Domingo, México y Perú: "poetas latinos, italianos y españoles; novelas caballerescas, pastoriles, picarescas y sentimentales; comedias; escritos erasmistas; historias y leyendas; alegorías; amenidades didácticas; etc." (Anderson). Pero sólo encontraron eco en algunos aficionados incapaces de la creación artística y cohibidos por la indiferencia del medio que los envolvía. Al lado de los romances, coplas y villancicos populares, surgió la imitación inhábil de la poesía culta: sonetos imitados de Petrarca, versos y coplas cuyos modelos son Garcilaso, Jorge Manrique y otros poetas españoles.

En la crónica se produjo una revolución originada por *La Araucana* de Ercilla, que se publicó en Madrid en tres partes, en 1569, 1588 y 1589. La inaudita hazaña literaria realizada por Ercilla, al transformar en poesía o en apariencias de poesía, la lucha entre un grupo de españoles y de indios bárbaros, que libraban combates siempre iguales en el extremo austral de América, casi sin recurrir a la fantasía y con prescindencia de la naturaleza que le servía de escenario, y el éxito insólito del poema, que se incorporó a las obras maestras del renacimiento español y a la gran literatura universal, produjeron un enjambre de imitaciones canijas y enclenques, que ni siquiera merecen el nombre de poemas históricos. Pero el aserto de que con *La Araucana* nace la literatura hispanoamericana, no pasa de ser una fanfarronada de la infancia mental. En *La Araucana* todo es peninsular, salvo el tema. Ercilla era un español renacentista, lector de Virgilio y de Ariosto, formado en la corte de Felipe II; y las imitaciones que engendró su poema se desvanecieron sin dejar huella en la futura formación del genio literario hispanoamericano.

Tampoco son precursores del nacimiento de una cultura la *Historia Natural y Moral de las Indias*, de José de Acosta, ni *Los Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias*. Las rebeldías del primero contra Aristóteles y las incongruencias que advierte entre la Biblia y la naturaleza americana, son simples chispas desprendidas del Renacimiento, que

se apagaron en el medio aún embrionario de Hispanoamérica.

Durante la primera mitad del siglo XVI las representaciones dramáticas sólo son instrumento del activo catequismo de ese período; y su lugar propio es el párrafo pertinente a la vida religiosa. En la segunda mitad del siglo, el teatro se despojó gradualmente de su carácter religioso; pero el teatro peninsular y las compañías de actores que venían de España aplastaron materialmente a las malas imitaciones americanas. Salvo la versificación del entremés *Entre Dos Rufianes*, de Hernán González de Eslava, el teatro criollo que ha llegado hasta nuestros días carece de todo valor de fondo y de forma.

Hasta finalizar el siglo XVI, la casi totalidad de los escritores son peninsulares que pasaron a América, llevando las aficiones literarias adquiridas en España. Se produjo, así, un dualismo curioso que ha extraviado a la generalidad de los historiadores: mientras la enseñanza de las escuelas de latinidad y de las universidades era clásica, la literatura era renacentista española.

La interpretación de la historia de España durante los siglos XVII y XVIII, descansa hasta hoy día, sobre un paralogismo de origen enciclopedista que la torna ininteligible: la creencia de que la brusca caída que sufrió a fines del siglo XVI, fué la resultante del repliegue sobre sí misma y del aislamiento intelectual respecto del resto de Europa, que se siguió al concilio de Trento y a la contrarreforma. Entretanto, mientras el pueblo español, sangrado en exceso por las guerras de Carlos V y de Felipe II y la conquista de América y gravemente herido por las expulsiones de judíos y de los moros, los errores rayanos en lo inverosímil de una política económica inspirada en Santo Tomás de Aquino, el ocio y el desdén por la técnica, caía en un colapso que iba a prolongarse casi por tres siglos, su producción intelectual alcanzaba el apogeo con el Siglo de Oro que, incluyendo algunos precursores, se simboliza, en el terreno literario, en Garcilaso, Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, Rojas Zorrilla, Moreto, Cervantes, Caro, Herrera, Fray Luis de León, los Argensola, Luis de Argote y Góngora, Quevedo, Baltazar Gracián, etc.; en el filosófico, teológico y místico: Cano, Suárez, Carvajal, Villalpando, Fontedueñas, Luis Vives, Gómez Pereira, Fox Morcillo, Sánchez, Juan de Avila,

Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, etc.; en el jurídico: Francisco Vitoria, Ginés de Sepúlveda, Soto, Vázquez, Mariana, Solórzano Pereira, Saavedra Fajardo, etc.; en el económico-sociológico: Ossorio, Moncada, Acosta, Pérez de Castro, etc.; en el histórico: Hurtado de Mendoza, Mariana, etc.; en la geografía, la náutica, la cartografía, la cosmografía, la astronomía y las matemáticas: Menéndez de Avila, García de Céspedes, Fernando Colón, Alonso de Santa Cruz, Martín Cortés, López de Velasco, Pedro Ciruelo, Molina de la Fuente, etc., casi todos rectificadores y adversarios de Aristóteles, actitud que se tradujo en el hecho de que España fuese el primer país de Europa en que se adoptase la concepción de Copérnico; en la física, la química, las ciencias naturales y la medicina: Urdaneta, Pérez de Oliva, Barba, Bustamante, Vargas, Contreras, Medina, Rojas, Saavedra, Torres, Garcí Sánchez, Hernández, Acosta, Cienfuegos, Laguna, los Monardes, De los Ríos, Gómez, Pereira, Vallés, Juan Calvo Chacón, Mercado, Valverde, el émulo de Vesalio, Franco, Miguel Saleuce y Alvarez cuyas intuiciones sobre la actividad de la materia atribuidas a su hija Oliva se anticiparon demasiado a su tiempo, etc.; en la gramática y la retórica una pléyade, cuya sola enumeración ocuparía varias páginas; en la pintura: Deominico Theotocopulis (el Greco), Ribera, Zurbarán, Velázquez, Alonso Cano, Murillo, Valdés, Leal y Coello.

Comparada con las que le precedieron y las que le siguieron, la cultura del Siglo de Oro español se caracterizó, en primer lugar, por el pronunciado predominio de su aspecto literario, hasta hoy día no superado en el drama. Pero su rasgo más trascendental, el que más fuertemente ha herido el pensamiento universal, es la coexistencia de una viva curiosidad intelectual y de una rara sensibilidad para percibir o intuir los fenómenos, y al propio tiempo, de una extraña impotencia creadora en el terreno científico. En el terreno filosófico y casi en toda la extensión del científico, los españoles se anticiparon a los franceses, ingleses y alemanes; pero después de vislumbrar la meta y aun de indicar el camino que conducía a ella le volvieron las espaldas o se despreocuparon del tema. Vislumbraron antes que nadie casi todas las conquistas del hombre sobre la naturaleza, la luz (como llamaron a la electricidad), el magnetismo terrestre, el origen

de los ciclones, etc., y la mayoría de los inventos, inclusive el telégrafo y la utilización de la fuerza del vapor de agua. En los dominios del alto pensamiento, leyendo a Alonso de Santa Cruz, nuestros actuales cerebros no aciertan a comprender por qué no se anticipó a Newton. Nunca hemos acertado a explicarnos al hecho de que Luis Vives, cuya envergadura cerebral y cuya originalidad de pensamiento se yerguen tan por encima de la de Bacon, se limitara a insinuar el método que éste desarrolló. Los 69 años que mediaron entre el nacimiento de uno y de otro, pueden ser una explicación plausible. Pero el fenómeno se repite, casi sin excepción, en los pensadores españoles posteriores a él.

Dejando de lado la simpleza de que la Contrarreforma y la Inquisición cortaron el vuelo al pensamiento científico y filosófico español, se advierte en el genio del pueblo español, a partir del siglo XVII, una marcada debilidad de la imaginación creadora en los terrenos filosófico y científico, que no se excluye con la sensibilidad para registrar los fenómenos y aun para intuir vagamente las conquistas del pensamiento y de la técnica. Sólo el porvenir definirá si se trata de un fenómeno pasajero, de una repercusión del ocio en el trabajo cerebral, o de una auténtica pobreza de imaginación creadora provocada por la pérdida, en las guerras de Carlos V y de Felipe II y en la Conquista de América, de la mayor parte de la sangre nórdica que circulaba por sus venas, o de una característica del genio ibérico.

Resta sólo registrar los rápidos cambios y su origen exótico en la evolución de la arquitectura. El estilo gótico desapareció sustituido por las tres fases sucesivas del renacentismo: el renacimiento propiamente dicho; el segundo renacimiento, caracterizado por la imitación de la arquitectura grecoromana de la decadencia; y el churrigueresco, del nombre del arquitecto que lo introdujo. La escultura se canalizó hacia la madera tallada, con exclusión casi absoluta del mármol y del bronce. Su más alto exponente fué Berrugueto.

La cultura española de los siglos XVI y XVII se desarrolló dentro de una recíproca influencia de Europa y principalmente de Italia sobre España y de España sobre Europa. Aquí sólo corresponde registrar la segunda corriente. Durante el siglo XVI y primera parte del XVII, los profesores es-

pañoles figuraban en primera línea en todas las universidades del mundo, en todas las ramas del saber. Se conservan las listas de los que enseñaron en París, Tolosa, Montpellier, Flandes, Cracovia, Bolonia, Padua, Roma, Siena, Ancona, Pisa, Nápoles y Oxford. La influencia de la literatura española aflora en toda la literatura europea del siglo XVII. Las grandes obras maestras de la literatura dramática se tradujeron y se parafrasearon en todos los idiomas. El culto universal de Cervantes excedió a todo lo conocido hasta su época. Baltasar Gracián era más leído en los países europeos que en España. Los místicos y especialmente Santa Teresa y Fray Luis de Granada, fueron traducidos a los principales idiomas. De este último se publicaron diez traducciones inglesas y trece alemanas en los siglos XVI y XVII. Los libros de caballería, creación genuinamente española, continuaron haciendo furor en Europa muchos años después que ya habían pasado de moda en su país de origen. La irradiación alcanzó también a numerosas obras de índole técnica. Se conocen tres versiones inglesas del *Arte de Navegar*, de Martín Cortés. El alto pensamiento filosófico, que no encontró eco inmediato en la propia España, se volcó en el pensamiento filosófico universal moderno con Sánchez, el creador de la duda como método (no como fin); y con Luis Vives (Valencia, 1492; Brujas, 1540), creador de la moderna psicología experimental y de la pedagogía jesuítica, cuyas concepciones desarrollaron Bacon y Descartes.

Paralelamente al apogeo de la literatura renacentista española surgieron en el siglo XVII dos nuevas escuelas, que no tuvieron la irradiación europea de la primera, pero que ejercieron en la América española una influencia que se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XVII: el culteranismo o barroquismo, creado por el poeta Luis de Argote y Góngora (así es el orden de sus apellidos en la fe de bautismo); y el conceptismo, creado por Ledesma y cuyo más alto exponente es Quevedo.

Tanto el renacentismo como el barroquismo, con su variante el conceptismo, repercutieron rápidamente en América. Las obras de Lope y de Cervantes, de Góngora y de Calderón, de Gracián y de Saavedra Fajardo, pasaban directamente de la imprenta al buque que las conducía a las playas americanas; y las restantes las seguían de cerca. Surgieron por centenares los imitadores o

parafraaseadores de filiación renacentista y barroca, con frecuencia mixtos, y excepcionalmente uno que otro escritor, como los cinco que hemos elegido (un peninsular y cuatro criollos), y otros que omitimos, los cuales, salvo quizás Balbuena, imprimieron sello personal a la imitación, pero sin alcanzar las alturas de la imaginación creadora. Su enumeración, sobre no decir nada al lector, no cabe dentro de los límites del presente cuadro. Muy a nuestro pesar tenemos que limitarnos a caracterizar en muy pocas palabras los cinco escritores que hemos escogido como símbolo de las diversas facetas de la producción intelectual hispanoamericana del siglo XVII.

El más grande de los poetas dramáticos nacidos en América, Juan Ruiz de Alarcón (México, 1580-1639), se incorporó muy joven a la literatura peninsular, en la cual figura como uno de sus máximos valores. Los historiadores de la cultura hispanoamericana lo han reivindicado por diferentes títulos. La ausencia de la vena lírica de los grandes dramáticos españoles y su empeño por mover sus personajes en el terreno psicológico antes que en el sentimental, serían el resultado de la influencia del medio mexicano. Fruto de la misma influencia sería, también, el otro rasgo cardinal del teatro de Alarcón: su fina intuición psicológica, que lo acerca a la tendencia francesa y lo distancia de la característica española. Reconociendo que es el menos español de los grandes dramáticos del Siglo de Oro, no nos atrevemos a suscribir el origen mexicano de los rasgos apuntados ni a incorporarlo a la cultura hispanoamericana.

Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo del conquistador de su nombre y de una princesa incaica, aunque nació en el Perú, residió largos años en España, donde se formó intelectualmente bajo la influencia del segundo renacimiento. Su cerebro de mestizo se abrió de par en par a la cultura humanista del siglo XVI. Aspiró a pulmones llenos sus fuertes ribetes utópicos y sus idealizaciones, inclusive en el mito de la "edad dorada". Como ocurre en casi todos los escritores que logran dominar su cultura, sólo se pueden inferir las influencias que prevalecieron, a través de los resultados, y éstos están en Garcilaso absorbidos por el rasgo cardinal del escritor: la conciliación del lado español de su psiquis, heredado del padre, con el lado incaico heredado de la madre. Surge de esta conciliación, que no vuelve a repetirse

en otro escritor hispanoamericano, una originalidad de fondo, que, unida a sus grandes dotes naturales, hacen de él el máximo escritor hispanoamericano del siglo XVII, a mucha distancia de los cuatro ejemplares restantes. Su estilo es admirable; la sencillez, la claridad y el orden sostenidos por una fuerza interior invisible, evocan hombres, sucesos y ambientes sin necesidad de recursos literarios.

Su labor literaria empezó por la traducción de los *Dialogi D'Amore*, de León Hebreo (1586-1597); prosiguió con *La Florida del Inca* (1605); y culminó con sus dos grandes obras maestras: *Los Comentarios Reales* (1609-1616), y la *Historia General del Perú* (1617).

El valor histórico de estas últimas obras, redactadas en la parte anterior a la conquista, sobre la base de lo que en la niñez oyó a su madre, a sus tíos y a los indios ancianos, fué encarnizadamente atacada por los antiguos eruditos, cuyos cerebros anquilosados reducían la historia a un rosario de fechas, nombres y sucesos. Dentro del concepto actual, o sea, el de la representación objetiva de la vida pasada, con todos sus lapsus, errores y leyendas, ambas obras son fuente de valor inestimable, con prescindencia de su alta calidad artística.

Bernardo de Balbuena (Valdés Peña, España, 1568; Puerto Rico, 1627), sin representar un valor literario a la altura de los cuatro escritores restantes es, a nuestro juicio, el mejor símbolo del barroco independiente, o si se prefiere, del barroco matizado. Humilde cura de aldea, buscó en el cultivo de las letras la escala que conducía a la celebridad y a los honores, que ansiaba con toda su alma, y que debía llevarlo a la isla de Puerto Rico, donde estuvo a punto de caer en poder de los piratas, como le ocurrió algo más tarde a uno de sus sucesores, Fray Juan de las Cabezas Altamirano.

Grandeza Mexicana, el poema en ocho capítulos, que le dió honor y celebridad, está destinado a halagar a los poderosos de Nueva España, a las autoridades y los potentados de quienes dependía su carrera. El fondo del poema es una visión desequilibrada de la realidad que, como lo indica su título, cierra los ojos ante las miserias y lacras de la sociedad mexicana y los posa exclusivamente en sus grandezas. El valor de la obra estriba, casi exclusivamente, en la potente invención de cepa barroca, hábilmente suavizada, que cubre de adornos y de excelencias la forma.

Su poema épico *El Bernardo* (1724), variación barroca de Ariosto, tuvo menos éxito, porque el tema, a diferencia del anterior, no halagaba en igual grado el sentimiento nacional.

El jesuíta Hernando Domínguez Camargo, nacido en Colombia a principios del siglo XVII y fallecido hacia 1656-1659, es, tal vez, el poeta barroco de más alta calidad, a juzgar por las poesías sueltas que se conservan de él y por su inconcluso *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*.

El jesuíta Alonso Ovalle nació en Santiago de Chile en 1601, del matrimonio del capitán español Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle con María Pastene, nieta del marino italiano Juan Bautista Pastene y de Ginebra de Cejas, criolla peruana, y falleció en Lima el 11 de mayo de 1651. Recibió la mejor educación clásica de la época, estuvo de paso en España y vivió algunos años en Roma. Su *Histórica Relación del Reino de Chile* y de las *Misiones y Ministerios que Ejercita en él la Compañía de Jesús*, es una obra de circunstancias, escrita al correr de la pluma, sin pretensiones históricas ni literarias. Se publicó en español en 1746, se la tradujo el mismo año al italiano, y al inglés, abreviada, en 1706. La Real Academia Española incluyó en 1716 al autor en la nómina de los escritores españoles que forman autoridad en materia de lenguaje. Ovalle escala en mucho a todos los restantes prosistas hispanoamericanos en el dominio del idioma; pero no es esta excelencia la que obliga a colocarlo al lado de Garcilaso, al cual supera en corrección y en las descripciones de la naturaleza, pero queda inferior en todos los demás aspectos. La sana alegría de vivir encontró, pese al hábito que vistió Ovalle, expresión en un poderoso temperamento literario que se exterioriza en un estilo pastoso y cálido, "sensual y rico como un brocado de antaño"; y en un poeta cuya sensibilidad transfigura en carnaval de belleza el cielo y la tierra, las cumbres y las hondonadas, las selvas y los ríos, las creencias y los mitos. Su libro es el hosanna de la vida de un pueblo de 20 años, sano de alma y de cuerpo. Todo es bello y todo es bueno, desde las grandiosas moles nevadas de los Andes hasta la humilde yerba que hollan los pies: la tierra, el aire, la luz, las mujeres, las flores, los pájaros, los hombres, los animales, los bosques, las praderas. Las entrañas de la tierra están cuajadas de oro, plata y cobre y cuanta sustancia mineral creó Dios

para la industria y el recreo del hombre. Los mares tranquilos bañados de luz diáfana, hierven de peces exquisitos. Los árboles, agobiados por el peso de las frutas, doblan sus ramas, invitando al hombre a recibir cuanto antes su copioso tributo. Los granos rinden 30, ciento y 400 por uno. El crecimiento de las yerbas útiles estorba la marcha de los animales que pacen en ellas. La descripción de los Andes es una de las páginas maestras de la literatura universal.

Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1648-1695) es la más alta expresión de la alianza del barroquismo con el conceptismo en la América Española. Una insaciable curiosidad intelectual hizo presa de ella a muy temprana edad a expensas de su vida sentimental. No sacudieron su juventud las tormentosas olas del mar del corazón, y si los arrebatos místicos llegaron alguna vez hasta ella, murieron suavemente a sus pies. "Desde que me rayó la primera luz de la razón —dice— fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso, que Dios puso en mí" . . . Sin vocación por el matrimonio ni la maternidad, "lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que desea de mi salvación" era hacerse religiosa. "Cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad, que impidiese el sosegado silencio de mis libros; pero ¡miserable de mí! ¡trágame a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dió el cielo, pues en vez de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, remontaba como pólvora" . . . "Volví (mal dije, pues nunca cesé) proseguí, digo, a la estudiosa tarea de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestros que los mismos libros". (Carta a Sor Filotea de la Cruz, de 1691). La sinceridad de esta carta está abonada por la larga silva que intituló *Primer Sueño* imitada de las *Soledades* de Góngora, en la cual "canta el vuelo de su alma hacia el conocimiento". El alma, aprovechando el sueño nocturno, intenta alcanzar mediante el éxtasis el conocimiento de toda la creación; pero fracasa, regresa humillada y renueva la ardua tarea del conocimiento

metódico, pasando de lo simple a lo complejo, por tanteos, dudas y vacilaciones.

Favorecida por una rara flexibilidad intelectual, además de la silva citada, Sor Juana escribió tres Autos Sacramentales, Entremeses, Sainetes, Loas, Liras, Décimas, Romanes y Jácaras, que ora la acercaban a Calderón, ora a San Juan de la Cruz, ora a Góngora, ora a Lope, ora a Quevedo, y paremos. Dió vueltas y revueltas "al tema del amor: separación, celos, olvido, rencor, abandono, muerte" . . . "fué maestra no sólo en esa cuerda, sino en todas las que hizo sonar: religiosas y mundanas, herméticas y populares, conceptistas, sentimentales o costumbristas" . . .

Las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz entusiasmaron a sus contemporáneos hasta agotar en su elogio los ditirambos, y la crítica moderna sigue repitiendo, con cortas atenuaciones, los antiguos juicios. La hemos vuelto a leer después de 60 años, antes de escribir estas líneas, y no hemos logrado modificar la impresión de flaqueza de auténtica vida humana, más allá de los adornos retóricos y de los juegos de ingenio, que nos dejó la primera lectura. No recorrió hasta el fin ninguno de los dos caminos de la alta creación artística: la transfiguración de las olas y tormentas que agitan nuestro corazón (Goethe, Santa Teresa, etc.), ni la aprehensión de auténticos jirones de la vida que se realiza fuera de nuestro yo (Calderón, Shakespeare, Balzac, etc.).

Sor Juana Inés no encontró en el convento la paz ansiada. Sus alas cerebrales eran demasiado inquietas para adormecerse entre los barrotes de la jaula y carecían del vigor necesario para romperla. Hacia el final, cayó en una especie de sopor o de conformidad que, dada la unilateralidad intelectual de su vida interior, casi seguramente fué simple resignación.

Durante el siglo XVII, se generalizaron en los centros culturales de América los certámenes, las loas y el teatro. México tenía casa de comedias (teatro permanente con edificio, actores y público), desde 1597^a. En 1603, Balbuena describiendo las grandezas mexicanas, decía:

"fiestas y comedias nuevas cada día de varios entremeses y primores gusto, entretenimiento y alegría."

^a Desde 1575, y casi seguramente desde varios años antes, había en México teatro esporádico e improvisado. El primer teatro permanente de Madrid, sólo data de 1579.

Resumiendo los párrafos anteriores, tenemos que, durante el siglo XVII, la vida literaria hispanoamericana se caracteriza por una irradiación singularmente activa de todas las corrientes literarias metropolitanas sobre las colonias y por un verdadero diluvio de imitaciones inhábiles, ramplonas o ridículas, salpicadas muy de tarde en tarde por algunos destellos felices y aun originales.

Llama vivamente la atención el hecho de que, al revés de lo que ocurría en el siglo XVI, los escritores son, ahora, criollos en su gran mayoría. Los historiadores, empeñados en forjar una cultura aun antes de nacer el pueblo que debía engendrarla, han creído divisar en este fenómeno un vigoroso avance de las aptitudes artísticas del criollo. Sin desconocer el hecho de que el asentamiento general del orden de la normalidad repercutió favorablemente sobre la producción intelectual, el cambio es, en primer término, el resultado del rápido aumento de la población criolla. En el siglo XVI los indios eran una corta minoría respecto de los peninsulares; y en el XVII eran muchas veces más numerosos. Deriva, en seguida, del avivamiento intelectual pasajero que los primeros cruzamientos de razas distintas producen, a expensas del carácter. Las cuatro cumbres intelectuales del siglo XVII, Garcilaso, Ovalle, Domínguez Camargo y Sor Juana Inés son el resultado de este fenómeno; y en el caso del jesuita Ovalle, entra también en juego un cruzamiento con sangre italiana, aportada por un progenitor que había exteriorizado él mismo un auténtico eugenismo.

Con la muerte de Calderón de la Barca (1681), desapareció el último gran representante del siglo de oro español. El barroco, arrastrando consigo a su deudo el conceptismo, había concluído antes en el más completo desprestigio; y el genio del pueblo español se mostró impotente para llenar el vacío que dejó su defunción, con nuevos impulsos literarios. Se han inventado muchas explicaciones, unas pueriles, otras ingeniosas, para justificar el fenómeno, que no nos detendremos a refutar. Todo gran impulso literario, siguiendo el ritmo general de la vida, nace, crece, fructifica, se marchita y muere, para resurgir en una nueva forma que se nutre del mantillo de la que pereció. Al finalizar el siglo XVI, el renacimiento español era ya un impulso que había doblado la curva ascendente de su trayectoria y la eclosión con que alumbró la primera mi-

tad del XVII, el último lampo que despiden los grandes focos culturales al extinguirse; y el pueblo español, debilitado por la conquista y población de América, las guerras, las expulsiones de los judíos y de los moriscos, el desastre económico y su corolario, la miseria, había caído en un colapso que, como dijimos, iba a prolongarse por más de tres siglos. Con otras palabras, la profunda decadencia cultural y literaria del pueblo español en la segunda mitad del siglo XVII, sólo fué un aspecto —no un corolario— del proceso que lo precipitó desde el grandioso pedestal a que lo había levantado un conjunto pasajero de factores y de acontecimientos, a un lugar subalterno en el concierto internacional.

En cuanto al culteranismo y a su variante el conceptismo, huelga decir que no entrañaban los gérmenes de una nueva cultura que el derrumbe habría aplastado al nacer, como suele leerse en algunos modernos historiadores de la cultura. La substitución de la vitalidad del pensamiento por el brillante centelleo y las ágiles cabriolas de la forma que lo visten, han sido siempre flor de cimiterio, que aparece en la agonía de las culturas. Su larga prolongación en América no fué auténtica supervivencia, sino resultado de la infancia mental, de la impotencia para crear nada en reemplazo del neorrenacimiento que cesó de irradiar desde la metrópoli, y de la tentación de llenar con juegos de palabras y frases retorcidas el vacío cerebral.

Se exagera cuando, con los escritores de la Ilustración, se hace pasar al pueblo español desde un alto plano cultural a la noche intelectual. Ni la cultura del siglo de oro tenía las sólidas raíces que se le han atribuído, ni la noche cerebral fué tan tenebrosa como se la representa. La célebre carta de la reina Amelia a Tanucci: "Esta nación no ha sido conquistada completamente y creo que su total conquista está reservada al Rey. En todas sus cosas hay algo de barbarismo, acompañado de una gran soberbia", forma parte subconscientemente de la enciclopedista que hace datar de Carlos III la reacción del pueblo español, borrando de un esponjazo los tenaces esfuerzos de Felipe V, Luis I y Fernando VI.

Empero —y esto es lo único que interesa por el momento— la corriente intelectual española que irradió sobre Europa en el siglo XVI, y en el terreno literario hasta el segundo tercio del XVII inclusive, se agos-

tó, mientras las contracorrientes extranjeras, que actuaban como soplador, se adueñaron del campo que la decadencia de la actividad intelectual española les dejó libre.

Durante los dos renacimiento, la influencia italiana y aun la flamenca habían predominado sobre la francesa, a partir del último cuarto del siglo XVII, el neoclasicismo francés las desplazó casi completamente; y durante la segunda mitad del siglo XVIII la literatura francesa de la Ilustración, reinó como soberana absoluta en las altas clases españolas. Más adelante, en el capítulo que consagramos a la génesis de la emancipación, tendremos oportunidad de ver las consecuencias políticas de esta influencia. Por el momento tenemos que limitarnos a su aspecto literario.

Viniendo a lo que nos interesa directamente, la irradiación literaria de la metrópoli sobre su imperio colonial, tan activa durante los dos primeros tercios del siglo XVII, se debilitó considerablemente, mientras los demás aspectos de la cultura continuaron subiendo, por lo menos, hasta la expulsión de los jesuitas. Si en realidad la producción literaria hispanoamericana del siglo XVII hubiese sido el afloramiento de una joven cultura capaz de proseguir por sí sola su desarrollo, la decadencia de la influencia cultural de la metrópoli, debió traducirse en un correlativo progreso de la literatura criolla y especialmente de su originalidad. Entretanto, contrariamente a lo que debió ocurrir, durante la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII, se produjo una desconcertante decadencia en todas las ramas de la actividad literaria. "Todo es trivial, baladí y prosaico, así por la ejecución como por los temas", dice Menéndez Pelayo.

La explicación del fenómeno ha sido un rompecabezas y seguirá siéndolo mientras no descienda hasta el intelectual o el literato el concepto de que los conocimientos, la enseñanza y la cultura son una cosa, y la evolución mental otra, aunque, a la larga, estén enlazadas por un nexo indisoluble. Menéndez Pelayo, que sólo conocía la historia de América a través de las débiles obras escritas en el siglo XIX, lo atribuyó a la decadencia de la enseñanza. Medina, que conocía los grandes progresos realizados por la enseñanza en la segunda mitad del siglo XVII y en la primera del XVIII, optó por negar la decadencia literaria, y por fantasear una literatura criolla sobre la base

de abortos que ni siquiera merecen el calificativo de producciones literarias.

El fenómeno es, sin embargo, de explicación sencilla para todo cerebro capaz de distinguir entre el desarrollo mental y el de la cultura, y darse cuenta de las dislocaciones pasajeras que suelen producirse entre ambos. La mezcla de la sangre aborigen, que ascendió cada día en mayor cantidad a las altas clases sociales, determinó un retroceso en el grado de desarrollo mental. Como corolario de esta fusión, desaparecieron también, o se hicieron menos frecuentes, los casos de atavismos en el sentido del predominio individual de la sangre española, frecuente en los primeros cruzamientos, cuando el proceso de fusión de los elementos progenitores estaba aún en mantillas. Se desarrollaron así, dos procesos aparentemente opuestos: mientras la cultura y el saber fueron hacia arriba, el grado de evolución mental, y con él la imaginación creadora, de la cual dependen las producciones artística y científica, vinieron hacia abajo, aunque no en un sentido absoluto, pues mientras se abatían las cumbres los rezagados subían, para refundirse en una medianía general, que culminó hacia 1750. De aquí la acentuada decadencia de la producción intelectual, y especialmente de la literaria en los primeros tres cuartos del siglo XVIII, mientras la enseñanza y la cultura seguían su proceso ascendente, estimuladas por la eficaz enseñanza jesuíta y por los enérgicos esfuerzos culturales del despotismo ilustrado.

Los jesuítas, cuya enseñanza prevaleció sin contrapeso en el terreno literario, mantuvieron la proa fija en el humanismo clásico del siglo de oro; pero no lograron que prolongara su vida en América, en un retoño del agostado impulso peninsular. El genio hispanoamericano, libre de la influencia literaria de la metrópoli, tendió hacia un barroco degradado, que se conoce con el nombre de seiscentismo, que invadió de preferencia los discursos, los sermones y los escritos religiosos. Se desarrolló una emulación por escribir necedades, candideces y despropósitos no dichos antes por nadie⁹.

El clasicismo de corte francés sólo penetró en América a fines del siglo XVIII, y tampoco produjo obras que merezcan ser mencionadas. La detención en las obras de Oviedo, los mexicanos Ruiz de León y Vela,

los peruanos Peralta, del Castillo, etc., sería simple pedantería erudita. En cuanto al teatro, en el último cuarto del siglo, cobró vida regular en todas las capitales y ciudades de importancia, con las imitaciones de los sainetes, en las cuales solían substituirse los personajes peninsulares por tipos criollos.

La mística se mantuvo a la altura que había alcanzado en el siglo anterior con la Madre Castillo (Sor Francisca Josefa Castillo y Guevara, Nueva Granada, 1671-1742). Sus arrobamientos místicos, la colocan en el polo opuesto de Sor Juana Inés de la Cruz, con quien se la ha solido equiparar por algunos críticos.

Hemos aludido repetidas veces a la ardua labor docente que desarrolló la Compañía de Jesús, hasta su expulsión en 1767. Esta labor tronchada, por fatalidad para España y para el porvenir de la cultura de Hispanoamérica, por la influencia demoleadora del enciclopedismo, floreció fuera de América con dos grandes nombres que se alzan majestuosos en el achaparrado matorral de la producción intelectual criolla: Lacunza y Molina.

Manuel Lacunza y Díaz Valdés, hijo de español y de criolla blanca, nació en Santiago de Chile el 19 de julio de 1731 y falleció en Imola, Italia, el 18 de julio de 1801. Ingresó a los 10 años al convictorio de San Francisco Javier, y el 12 de febrero de 1767 hizo su profesión de cuarto voto en la Compañía de Jesús. Expulsado el mismo año de 1767, se estableció en Imola, donde llevó una vida solitaria consagrada exclusivamente al estudio de las sagradas escrituras, salvo cuatro o cinco horas que consagraba al sueño y a la preparación de su alimento. El fruto de este arduo trabajo de pensamiento fué el libro que intituló *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*.

En 1810, nueve años después de la muerte del autor, la primera parte de la obra, bastante mutilada, se imprimió en la isla de León; pero en 1816, se publicó entera en Londres, y alcanzó una boga que se nos representa como inverosímil. Entre las numerosas ediciones en español que se hicieron en París y en Londres, merece mención particular la de Ackermann, en 1826. En 1827, Eduardo Irving la tradujo al inglés.

Interpretando el pensamiento católico, el arzobispo de Palmira, don Félix Amat, dijo: "Es obra asombrosa en la meditación y combinación de las profecías; y aunque no todas las opiniones del autor me parecen

⁹ Sobre el tema, véase la "*Historia de Chile*", tomo V, párrafos 1 y 2 del cap. 29 y 1 del cap. 30.

bien fundadas, alabo y admiro el espíritu cristiano con que dice, con buenos modos, sobre el gobierno de la iglesia o sacerdocio cristianos, verdades que ojalá fueran más meditadas". *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad* es el libro hispanoamericano que ha alcanzado la más alta cumbre como esfuerzo intelectual, o sea, como trabajo de pensamiento encaminado a ahondar una concepción, y a exponerla al mundo con la fuerza necesaria para herir su atención y penetrar profundamente en el alma humana, con independencia del tema. Es el que ha alcanzado mayor celebridad, y el único que ha repercutido en el pensamiento universal.

Durante el siglo XVIII, en España, lo mismo que en el resto de Europa, se acentuó el desplazamiento de la actividad intelectual, de la especulación teórica abstracta y de la metafísica, hacia las ciencias experimentales, realistas o positivas. El desplazamiento repercutió en América. Se radicaron en las colonias españolas varios sabios, entre los cuales, tal vez, el más ilustre sea Celestino Mutis, que Humboldt califica de uno de los más grandes botánicos del siglo. Mereciera recordarse también a Vicente Cervantes, director del Jardín Botánico de México. Otros, como Hipólito Ruiz, José Pavón, Mociña, Sesé, Pineda, Néé, Boldó, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Azara, los hermanos Elfuyer, uno de los cuales descubrió el tungsteno, el bohemio Tadeo Haenke, Osorio, Subiela, Nordenflych, Rodríguez y González, etc., realizaron en América trabajos de orden científico. Sobre todo en la segunda mitad del siglo hubo en las distintas secciones de la América Española varios diletantes de la historia natural, las matemáticas, la química, la física, y admiradores de las ciencias exactas; pero sólo uno alcanzó celebridad mundial.

Juan Ignacio Molina y González (Huaraculén, Chile, 24 de junio de 1740 - Bolonia, Italia, 12 de septiembre de 1829), manifestó desde la primera niñez una viva curiosidad científica, que se polarizó hacia los animales y las plantas; pero que, más adelante, se amplió a todas las manifestaciones del cosmos y de la vida. Tiene gran interés psicológico el hecho de que pertenecía a una familia que se había conservado en Chile por más de 200 años, sin nuevas adiciones de sangres europeas. Expulsado de Chile junto con los demás jesuitas en 1767, se radicó en Imola. Al salir de Chile poseía una cultura bien asimilada, pero, como la de la generalidad de los jesuitas, más hu-

manista que científica. Dominaba, como maestro, el latín y el griego, llegó a escribir con perfección el italiano y conocía a fondo el francés, amén del castellano y el mapuche. En Italia, su vocación científica se despertó con fuerza. El humanismo quedó relegado a simple medio de vida, o sea al profesorado, y se consagró con ardor al estudio de la naturaleza.

En Molina asoma por primera vez una etapa superior de la evolución cerebral, que aún no había logrado salvar el intelecto hispanoamericano: la del pensamiento directo de la realidad. En este sentido es un europeo nacido por azar entre los montes de Huaraculén. Las características de su pensamiento en el terreno científico, son las mismas que hieren la atención en Luis Vives, en Sánchez y en casi todos los pensadores españoles que se internaron en los dominios de la alta filosofía y de las concepciones científicas trascendentales. "Una curiosidad insaciable lo empuja a escudriñar el cosmos y lo distrae del microcosmos, de la psicología y de la introspección. Su cerebro registra los datos y los fenómenos con rara sensibilidad; es un observador agudo y penetrante. Su viva imaginación los combina con rapidez vertiginosa. Pero, lo mismo que en Sánchez y en todos los pensadores españoles de los siglos XVI y XVII, su intuición científica no tiene la potencia que caracterizan a los cerebros auténticamente creadores. Su curiosidad, satisfecha con una explicación provisional, salta de una observación a otra, en vez de desarrollar lo ya captado. Formuló antes que nadie el postulado de la evolución social, pero ni siquiera intentó desarrollarlo. Lo mismo ocurre con la concepción unitaria del cosmos y de la vida, bien que en este terreno estuviese cohibido por el dogma católico y el hábito sacerdotal.

Molina alcanzó en Europa un prestigio que ni de lejos tuvo otro sabio español en su época; y su influencia sobre el pensamiento científico italiano excede mucho en importancia a su aporte al progreso de las ciencias naturales. Su *Saggio sulla storia naturale del Cile*, se tradujo al alemán en 1786 y por segunda vez en 1791, al español en 1788 y en 1795, al francés en 1789, y al inglés en 1808 en Estados Unidos y en 1809 en Londres.

Sus numerosas memorias científicas se publicaron en dos volúmenes con el título de *Memoria di Storia Naturale letta in Bolonia*

sulla ordenanze del Instituto dell'Abate Juan Ignacio Molina, americano, membro del Instituto Pontificio.

En el último tercio del siglo XVIII, surgieron esporádicamente en las distintas secciones de la América Española, focos revolucionarios independientes entre sí, que más adelante se enlazaron en Europa a través de los precursores y principalmente de Miranda. Aunque habitualmente se incluye en la historia de la cultura hispanoamericana la literatura que surgió de este movimiento político, su lugar propio es la génesis de la emancipación.

En resumen: las Indias nunca han sido centro de creación literaria o científica, ni de vuelo robusto del pensamiento filosófico, ni de formas bellas, ni de grandes invenciones prácticas, como la Europa del Renacimiento, que es el más legítimo término de comparación. El porvenir decidirá si se trata de un corolario de la infancia mental, como creemos nosotros, o de una limitación racial de la imaginación creadora.

3

Al subir al trono Isabel, la corrupción del clero de Castilla corría pareja con la del de Roma y la del de toda la Cristiandad. La Reina y Cisneros emprendieron un severo expurgo, que el último extremó durante su Regencia. Expulsó a los frailes indignos y encarceló al Abad del Santo Espíritu de Segovia. Cuatrocientos frailes, antes que separarse de sus barraganas, prefirieron hacerse musulmanes y se fugaron a África. La depuración estaba ya relativamente avanzada en 1492, a la fecha del descubrimiento de América; pero, aunque había sacerdotes y frailes animados de vivo celo apostólico, la generalidad, la masa, estaba formada por individuos que conciliaban las creencias cristianas con el sacerdocio cómodo y de manga ancha de la época.

El descubrimiento de América hirió uno de los rasgos más acentuados del alma española: la tendencia a inflamarse en una reacción ciega y descontrolada, cuando la hiere un estímulo fuerte. La conquista espiritual del nuevo mundo, la salvación de millones y millones de almas, empujó hacia las playas de América centenares de religiosos inflamados por el ardor apostólico.

Al principio cuando aún no dominaban los dialectos indígenas, el único medio de propaganda era el ejemplo. Se establecieron

entre los indios para vivir en su contacto la vida del cristiano primitivo, con la cándida esperanza de que el indio, arrastrado por el ejemplo, se hiciera cristiano. Fray Toribio de Benavente cambió su nombre por el de Motolinia, que quiere decir pobreza en el dialecto mexicano de los indios evangelizados. Otros se disciplinaron delante de los indios hasta chorrear de sangre y se marcaban a fuego con una tea. Fray Antonio de Roa, a fin de demostrar a los indios lo terrible de las penas del infierno, se arrojó sobre carbones encendidos.

El dominio de los dialectos fué un gran avance en los medios de evangelización. La prédica del evangelio y las representaciones objetivas de los miseries cristianos pasaron al primer plano; pero sin abandonar el ejemplo vivo. El catequismo tomó tres nortes: la predicación del fondo abstracto del catolicismo, que se estrelló contra la falta de correspondencia del grado de desarrollo y de las características mentales de los aborígenes con las concepciones y sentimientos que informan el cristianismo; el desprecio de la vida terrenal y de la riqueza, que en el último aspecto encontró eco simpático en la repugnancia del indio por el trabajo; y las prácticas externas del culto que, a la larga, acabaron por yuxtaponerse al fondo de las creencias ancestrales de los indios. Para mayor claridad, conviene anticipar que los medios de catequismo evolucionaron rápidamente como corolario de la experiencia recogida y del rápido desvanecimiento del ímpetu evangélico del clero, en los siglos XVII y XVIII, ya estaba reducido a las misiones, establecimientos de índole económico-política, con sobrepelliz religioso.

Con el fin de propagar el cristianismo, los misioneros adaptaron las formas teatrales de la Edad Media al arte dramático aborígen, o sean las ceremonias rituales, los cantos, las danzas y las pantomimas que imitaban movimientos de animales o de seres humanos contrahechos, dándoles un sentido teológico trascendental, que, como era ineludible, pasaba por alto del cerebro primitivo de los indígenas, o lo deformaba de acuerdo con sus creencias, pero que en todo caso lo atraía. Este teatro misionero, como se le ha llamado, fué subiendo en calidad hasta alcanzar una notable perfección. A partir del siglo XVII, los jesuitas adaptaron sus recursos escénicos a las procesiones y a las demás suntuosas festividades religiosas que describe el padre Ovalle.

No conocemos descripciones más o menos coloreadas de las primitivas representaciones del teatro misionero. La conocida descripción de Motolinia del primer Auto representado en el atrio del Hospital de Tlaxcala el día de la Encarnación de 1538, intitulado *La Caída de Adán y Eva*, corresponde ya a un género perfeccionado. El escenario —cuenta— tenía “árboles con frutas y flores, de ellas naturales y de ellas contrahechas de pluma y oro, en los árboles mucha diversidad de aves, desde buhos y otras aves de rapiña hasta pajaritos pequeños; y sobre todo tenían muchos papagayos y era tanto el hablar y gritar que tenían, que a veces estorbaban la representación”. Abreviando la prolija descripción del fraile, los conejos y las liebres eran tan numerosos que todo estaba lleno de ello; estaban atados dos ocelotes bravísimos. Eva, en un descuido, fué a dar con uno de ellos; pero como esto fué antes del pecado, el feroz animal, en vez de despedazarla, se desvió cortésmente. “Antes que Eva comiera y Adán consintiese, fué y vino Eva de la serpiente a su marido y del marido a la serpiente tres o cuatro veces”.

Por fin, pecó Adán; y el Señor se le presentó; y expulsó del Paraíso a la pareja, cubierta de pieles para ocultar su desnudez. Tres ángeles se llevaron a Adán y otros tres a Eva, que lloraban sin consuelo, mientras los ángeles cantaban en el órgano el *circumdoderunt me*. Un querubín, con la espada en la mano, quedó guardando las puertas del Paraíso. “Esto fué tan bien representado que nadie lo vió que no llorara muy recio”.

En la segunda escena, Adán y Eva quedaron instalados en la tierra llena de cardos y de espinos y muchas culebras, pero con muchos conejos y liebres. Los ángeles enseñaron a Adán el cultivo de la tierra, y dieron a Eva husos para hilar, a fin de que hiciera ropa para ella, su marido y sus hijos; y dejándoles desconsolados, se fueron cantando:

“¿para qué comió
la primer casada?
¿Para qué comió
la fruta vedada,
la primer casada?
Ella y su marido
a Dios han traído
en pobre posada.
Por haber comido
la fruta vedada”.

Los actores eran indios enseñados a cantar, a bailar y a representar por las monjas y los frailes. Representaban en su propio dialecto; pero más adelante también lo hacían en español y aun en latín.

Otro instrumento de propaganda fué la confección de catecismos en dialectos indígenas, y de gramáticas y diccionarios, para facilitar la tarea de los misioneros y la asimilación de la enseñanza cristiana por los indios.

Desde el primer momento, se produjo una lucha enconada entre los frailes inflamados y los conquistadores, que culminó con *Las Casas*. Los frailes querían conquistar las Indias a cristazos (Unamuno); o sea, transfigurando a los indios en europeos del siglo XVI, mediante la prédica del evangelio y el bautizo; y el sentido realista de los conquistadores, les avisaba que el único camino era el trabajo compulsivo, la mestización y la influencia cultural impuesta autoritariamente. Los frailes se erigieron en defensores de la libertad de los indígenas y en sus amparadores contra los malos tratos y las ofensas que les inferían los españoles. En este terreno, llegaron hasta negar la absolución al español que utilizaba indios en calidad de siervos o que los maltrataba.

La actitud de la corona frente al problema de la conquista espiritual de los indígenas, se desenvolvió bajo la presión de dos fuerzas opuestas: los sentimientos y creencias religiosas de los monarcas y la necesidad de apoyarse en el clero nacional, en la lucha contra el protestantismo, de un lado, y la fuerza incontrarrestable de la realidad, del otro. Durante el reinado de Isabel, prevalecieron sin contrapeso los sentimientos religiosos de la soberana; pero con Carlos V pasaron al primer plano las exigencias de la lucha contra la Reforma. Adriano de Utrech, su antiguo preceptor, Juan Geapión, su confesor, y la gran mayoría de los obispos españoles creían, lo mismo que el gran humanista Luis Vives, que el único dique capaz de contener los progresos de la propaganda de Lutero era la reforma de la disciplina y de las costumbres del clero. A raíz de subir al trono pontificio Adriano, apoyado por el cardenal español Carvajal, había planteado la Contrarreforma en estos conocidos términos: “Sabemos muy bien que en esta Santa Sede se cometen cosas abominables desde hace muchos años; se abusa de las cosas espirituales, se infringe los mandamientos y, en fin, que todo se ha trocado en lo contra-

rio, por manera que no hay que admirarse de que el mal haya pasado de la cabeza a los miembros, de los papas a los preladados y al bajo clero. Todos nosotros, es decir preladados y clérigos, nos hemos apartado de la senda recta, y hace tiempo que no ha habido ninguno que haya obrado bien, ni uno solo”.

Carlos V, empeñado en salvar a todo trance la unidad religiosa, el más fuerte lazo de unión de los dislocados miembros de su imperio, hizo suya la idea que, con algunas variantes, había aflorado ya en sus abuelos, los Reyes Católicos, y que pronto se materializó en la convocatoria de un concilio. La muerte de Adriano (1523) dividió el campo católico en dos bandos: de un lado el emperador y el alto clero español, más uno que otro prelado extranjero, empeñados en realizar la Contrarreforma; y del otro, el débil Pontífice Clemente VII, que, impulsado por la enemiga política contra el Emperador y por el clero italiano, se oponía a ello. La curia romana buscó aliados aun fuera de la ortodoxia estricta; y un breve del Papa de fecha 1º de agosto de 1527 prohibió los ataques contra Erasmo, que tenía un gran ascendiente intelectual en mucha parte del clero español, “en lo que contradijere a Lutero”, prohibición que utilizaron el Inquisidor y los preladados erasmistas para mantener hasta 1535 la libre circulación en España de todas las obras del célebre humanista. Al fallecimiento de Clemente VII (1534), el Emperador renovó sus esfuerzos por reunir el Concilio, y logró que Pío IV, apoyado por los preladados españoles, lo convocara (1542). Pero los preladados italianos prosiguieron la lucha dentro del propio concilio, ora por impedir su funcionamiento, ora por hacerlo fracasar, ora por enervar la reforma de la disciplina. Paralelamente a la Contrarreforma, se desarrollaba la lucha de jurisdicción entre los monarcas españoles, apoyados por el clero nacional, y la curia romana. Como consecuencia de ella, Pablo IV excomulgó a Carlos V y a Felipe II. Dentro de la propia España, venía de antiguo otra lucha entre la corona y la Iglesia, cuya arena era la contención de la tendencia de la última a supeditar el poder civil. Aunque estos tres procesos rebasan el presente cuadro, es menester tenerlos presente para darse cuenta de algunas modalidades de la vida religiosa hispanoamericana.

Volviendo a esta última, la brusca transformación del indio en europeo del siglo XVI, mediante el bautizo y la prédica del

evangelio, norte del apostolado del clero español, como tenía que ocurrir, fracasó en manos de los primeros misioneros. Igual cosa ocurrió con la nueva tentativa realizada más tarde por los jesuitas. Los indios se dejaban bautizar y aun adoptaban complacidos las ceremonias y los ritos externos del cristianismo; pero el dogma y la moral dieron bote contra su grado de evolución mental. En este último terreno, los indios de los pueblos dominados, para complacer a los frailes, simulaban creencias que no comprendían ni podían comprender. Aludiendo a esta simulación, que engañó a la totalidad de los frailes y de los cronistas religiosos, dice Garcilaso: “lo dicen por adular a los españoles y congraciarse con ellos, respondiendo a las preguntas que les hacen conforme al gusto que sienten en el que les pregunta y no conforme a la verdad”. El catolicismo de los convertidos era una simple imitación simiesca de las creencias del culto católico. “Los indígenas chilenos se dejaban bautizar, en cambio del regalo de chaquiras”. Aludiendo a los indios reducidos (o convertidos), decía el presidente Amat: “este nombre no signifique indios reducidos ni convertidos, sino parcialidades y rancherías en que viven casi juntos alrededor de un cacique... porque en las mismas reducciones viven según sus ritos y supersticiones sin conocimiento alguno sobrenatural; pues, aunque llegando los misioneros dan los párvulos para el bautismo, es por el interés de que se les pague algunas agujas o añil, para cuyo mayor gremio ofrecen segunda y tercera vez el mismo párvulo para que se reitere el bautismo; y la casa que no tiene pide prestado los hijos de otros, aunque ya estén bautizados, para llevarlos a las misiones por no perder los agasajos. Mantienen las invocaciones al demonio con círculos y cánticos supersticiosos, para curarse en sus enfermedades, y cada indio se casa con cuantas mujeres puede. Un indio converso que no tenía hijos ni los pudo obtener prestados, presentó a los misioneros un perrillo para que lo bautizaran y recibir las chaquiras correspondientes”. Un jesuita, “procurador de las misiones que el Rey mantiene en Chile —dice el católico viajero Frezier— me confesó que los indios eran verdaderos ateos, que no adoraban a Dios y se mofaban de la enseñanza religiosa y que los padres no hacían progreso alguno”. En nuestros días el austero historiador jesuita padre Aстраи, rectificando los asertos de los antiguos cronistas de la orden, dice: “Los jesuitas de

Chile podemos decir que regaban un palo seco, y sólo la caridad de Cristo los podía sostener en tan dura fatiga”¹⁰.

Refiriéndose a los 160 años de apostolado de las misiones jesuítas en Chile, dice el guardián del convento de franciscanos de Chillán: “De los libros de los jesuítas, se puede colegir que, de 18 años arriba, están bautizados todos los indios de la costa y llanos de la jurisdicción de Chile, como también mucha parte de los del Gobierno de Valdivia; pero no pueden llamarse cristianos, sino bárbaros bautizados por cuanto se han criado y viven en los ritos gentílicos, sin la menor instrucción ni sujeción a las leyes del cristianismo”. La imitación simiesca de los ritos católicos, o sean su superposición externa a las creencias ancestrales, aun en el siglo XVIII, era general en los indios reducidos. El bautismo de los hijos se hizo habitual, no porque hubiesen progresado “en el conocimiento de Dios y de nuestra Santa Religión”, como afirman algunos religiosos sino porque lo habían incorporado a sus prácticas, dándole un significado conexo con ellas. También se generalizó la costumbre de auxiliar a los moribundos, remedando con notable fidelidad las exhortaciones que oían a los misioneros. El cacique principal de la misión de Quilchilca (Chile), obligaba a sus vasallos a oír misa y a confesarse, sin perjuicio de seguir él practicando su religión y viviendo la vida de sus antepasados. Otro cacique se hizo misionero laico y se consagró a la prédica del evangelio, imitando fielmente a los frailes, y convirtió al cristianismo a un crecido número de indios; pero, cuando los franciscanos intentaron confesarlo a él, los rechazó con tal energía, que tuvieron que resignarse a encomendar a Dios la tarea de tocar su alma en la hora de la muerte.

El fracaso del catequismo del indio libre, sugirió a los religiosos que perseveraron en la tarea, la creación de las misiones propiamente dichas. En ellas, auxiliado por la autoridad civil, compellían por la fuerza a los indios a seguir una vida cristiana y a un trabajo regular que permitió a los establecimientos subsistir. Pero estas misiones, que han despertado el entusiasmo de más de un historiador criollo, no pasaban de ser quistes incrustados en la masa de la América bárbara. Apenas desaparecía la misión, los indios volvían en masa a la vida que habían

llevado antes de entrar en contacto con el europeo, sin más avance que la parodia de algunos ritos del catolicismo adaptados a su psiquis primitiva.

Para reunir los indios, los misioneros tenían que hacer entradas en los territorios ocupados por las tribus libres, acompañados de fuerzas militares, exactamente como los conquistadores; y por lo general sólo lograban capturar unos pocos centenares de mujeres y niños, porque los hombres huían o sucumbían en la refriega. En seguida, para impedir que se fugasen los pocos hombres que capturaban o los muchachos ya crecidos, les era necesario el auxilio de un pueblecito de blancos en los alrededores de la misión. Así lograron reunir las misiones de Venezuela alrededor de unas 20 mil almas. Algunos capuchinos iluminados, que intentaron evangelizar a los indios bárbaros sin llevar el resguardo de fuerzas militares, sucumbieron flechados por los indios o ahogados en los ríos cuando lograban huir.

En cuanto a los resultados de la evangelización, fueron los mismos que habían alcanzado los jesuítas en el Paraguay, en Chile y en todas partes. Refiriéndose a los indios de la provincia de Caracas dice Fray Miguel de Olivares, prefecto de las misiones de los capuchinos —“No aprenden nada de lo eterno”. “Trabajamos toda la vida con poco fruto” —añade fray Félix de Villanueva, refiriéndose a las misiones de la Guayana. Resumiendo su juicio, a la vez penetrante y extraño a todo fanatismo dice Alejandro de Humboldt: “Tan poco cristiano suele ser el indio reducido como idólatra el independiente; uno y otro preocupados con las necesidades del momento, revelan una indiferencia notable por las opiniones religiosas y una tendencia secreta al culto de las fuerzas de la naturaleza”. El propio viajero observó, también, que los indios reducidos habían perdido progresivamente el vigor, el carácter.

El fracaso del catequismo se complicó pronto con la desmoralización del clero americano y con el establecimiento del tribunal de la Inquisición. Con el propósito de que no se refugiasen en América los miembros podridos del clero, severamente castigados en la península, el Rey ordenó por Real Cédula datada en Monzón el 15 de julio de 1510, que no pasase a América ningún clérigo sin ser examinado en Sevilla por el doctor Matienzo. Y al autorizar a Ovando para que hiciese repartimientos,

¹⁰ *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo VII, págs. 711 y 773.

prohibió que se dieran indios a los curas "para que no se consagren a granjear, sino sólo a su ministerio". Empero, a pesar de la real orden, muchos clérigos y frailes corrompidos, huyendo de las duras medidas de Cisneros, en vez de fugarse al Africa y hacerse mahometanos, pasaron clandestinamente a América. El 26 de febrero de 1538, se dirigió una real cédula al virrey de México, para que expulsase a los eclesiásticos que habían pasado a las Indias sin licencia, "entre los cuales había frailes enclaustrados y seculares de dudosa conducta".

Los primitivos frailes inflamados por la grandiosa empresa de conquistar la América para Cristo, sucumbieron en parte y otros se desanimaron con el fracaso, mientras el medio fácil y sensual del nuevo mundo desvió a los restantes del ascetismo cristiano. La iglesia americana, como ya había ocurrido en Europa, se orientó hacia la suntuosidad y el sensualismo, y la moral del clero se relajó rápidamente. El Virrey don Francisco de Toledo, representando el excesivo número de clérigos y frailes que pasaban al virreinato y la codicia de buena parte de ellos, decía: "Con nombre de que iban a predicar, enseñar y doctrinar a los indios... en realidad de verdad, pasaban muchos de ellos a enriquecerse con ellos, pelándoles lo que podían para volver ricos..." "Los dichos sacerdotes tenían cárceles, alguaciles y cepos, donde los prendían y castigaban cómo y por qué se les antojaba, sin que hubiere quién les fuera a la mano". Más adelante veremos las proporciones que alcanzó la corrupción del clero y especialmente de los frailes.

La suntuosidad en los templos y en el culto que importaba la negación misma del espíritu del cristianismo, encontró acogida simpática en los gustos y en la tendencia del alma criolla. Las descripciones de los templos de México, Lima y aun de las capitales relativamente modestas, como Santa Fe, Caracas y Santiago de Chile, hacia el final del siglo XVIII, y la suntuosidad del culto, contrasta con la rudeza y las características del medio social.

"Hay en la iglesia del monasterio de los Dominicos (de México) —dice el fraile inglés Gage— una lámpara colgante con 300 candelabros de plata labrada para otras tantas velas, y otros 100 para lamparillas de aceite, cada uno con distinto diseño, trabajados con arte tan exquisito que se calcula su valor en 400 mil ducados". La suntuosi-

dad se extendió a las Capitanías relativamente modestas. Refiriéndose a una iglesia de Guatemala, dice el propio Gage: "Dejando aparte mucho tesoro que le pertenecía, había en ella dos cosas de que los españoles solían decirme que los ingleses procuraban siempre informarse cuando capturaban algún barco español, y que temían que yo hubiese venido a espiar: eran una lámpara de plata colgada ante el altar mayor, que necesitaba la fuerza de 3 hombres para alzarla con una cuerda; la otra, de más valor, todavía, era una estatua de la virgen María, de plata pura, del tamaño de una mujer bastante alta, que se erguía en el tabernáculo, delante de la cual ardían no menos de 12 lámparas". Más adelante, al hablar del sentimiento religioso criollo, veremos que esta suntuosidad arraigaba en él muy hondo.

El lujo invadió también los conventos de ambos sexos. Refiriéndose a uno de los conventos de Santiago de Guatemala, dice el mismo Gage: "En este claustro vivía doña Juana de Maldonado, hija del oidor don Juan Maldonado de Paz, con quien constantemente conversaba el obispo. Era muy agraciada y hermosa y de poco más de 20 años; y sin embargo, el amor que le tenían obcecó en tal medida al obispo que, en mi tiempo, intentó hacerla elegir superiora y abadesa, pasando por sobre las aspiraciones de las monjas más antiguas, lo que provocó una verdadera algarada en el claustro, que escandalizó a la ciudad. Muchos mercaderes ricos y caballeros acudieron al claustro, espada en mano, amenazando romper la clausura, para apoyar a sus hijas contra la facción que el obispo había alzado por doña Juana de Maldonado. Fué esta señora maravilla de aquel claustro y aun de la ciudad, por su hermosa voz y su talento para la música. En prestancia y en letras no le cedía a nadie, ni en el claustro ni en el mundo. Era ingeniosa y locuaz y una Caliope o musa en la improvisación de versos felices, lo que, al decir del Obispo, lo incitaba a buscar su compañía y su conversación. Nada encontraba su padre bastante bueno para satisfacer a su hija; y constantemente le hacía regalos adecuados a su estado de monja: costosos y ricos barqueños con incrustaciones de oro y de plata, cuadros e imágenes para su cama, adornadas con joyas y coronas. Estos regalos y los presentes del Obispo (que falleció en mis tiempos sin dejar con qué pagar sus deudas, porque lo había gastado todo en esta monja), hicieron a doña Juana de Mal-

donado persona tan rica y principal que se hizo a su costa en el convento una nueva ala para sus habitaciones, con estancias, galerías y un jardín para ella sola"; una capilla cubierta de joyas que valían 6 mil ducados; y una cámara reservada donde tenía "un órgano y otros instrumentos de música, en que tocaba, a veces, para ella misma, otras para sus amigas predilectas del convento, y en la cual especialmente entretenía con música a su bien amado el obispo".

La nota alta de la relajación elegante la dió el clero peruano. "Este año (1688) murió —dicen los *Anales de la Vida Imperial de Potosí*— el siervo de Dios don Francisco de Aguirre, clérigo presbítero, varón de admirables virtudes, el cual en su mocedad fué de los ricos y galanes de Potosí; y era tal su profanidad que siempre vestía sotana y manteo de ricas sedas, como fondo, felpas y rasos, armados de finísimas telas, coletos bordados en seda y oro, despidiendo de ellos preciosos ámbares; todo él era fragancia, por lo cual de más de una cuadra, se sabía que venía don Francisco de Aguirre. Estando, pues, en la flor de la edad, y en su mayor pompa y lucimiento, tenía muy olvidado el amor de Dios; y tenía entregada su voluntad a una bizarra dama, a quien idolatraba; pero el piadoso Señor a quien ofendía se compadeció de él, por lo cual le impidió el instrumento que le llevaba al precipicio. Dióle a la dama un accidente mortal de que peligraba la vida. Sintiólo mucho don Francisco, y como la amaba y tenía caudal, no quedó en Potosí médico ni medicina que no le trajese; pero nada aprovechó. Ultimamente, viendo don Francisco que se le moría, se fué a la parroquia de San Lorenzo, y ante una imagen de Cristo crucificado, le pidió de rodillas que le diese salud a aquella mujer; y estando en el mayor fervor de esta súplica, ¡cosa rara!, le dijo el Santo Cristo: "Francisco, como tú sanes en el alma sanará ella en el cuerpo". Quedó absorto el sacerdote y arrojándose en tierra pidió misericordia con infinitas lágrimas. Esta fué la conversión y el asombro de la vida y virtudes en que después se ejercitó hasta morir". El lujo del Obispo de Tucumán don Fray Melchor Maldonado de Saavedra, a juzgar por la descripción que nos ha dejado el jesuíta Lope de Mendoza, no desdecía del de Aguirre. "Muy galán y muy pulido, una media sotanilla con muchos botones, aunque desabotonada de la cintura abajo, de manera que se le descubre el calzón de terciopelo de

color con pasamano, las medias de seda y con ligas, y zapatos muy justos y pulidos, sin jamás ponerse roquete, ni más hábito de su religión que la cinta de San Agustín. Anda tan oloroso que viendo yo a cierta persona volver las espaldas muy de prisa en una calle, le pregunté dónde iba tan apriesa y respondió: "voy así por no encontrarme con el Obispo; con sólo el olfato lo he descubierto que viene por esa calle..." "Su cama es de damasco carmesí, con sábanas muy delicadas, cuatro almohadas muy bordadas en ella con otros adornos, pulideras y olores, pebetes y ramilletes de flores encima de una mesa; y en ella una escudilla de la China, llena de agua de olor y de cuando en cuando metía los dedos y se rociaba con ella el rostro y las narices". En cuanto a sus aventuras femeninas, habían inspirado páginas regocijadas a Biantéin"¹¹.

El lujo del Obispo de Santiago de Chile, don Juan Bravo, a pesar de que ya no estaba en edad de correr aventuras amorosas, escandalizó a una sociedad habituada a la sencillez de vida de sus paramentos. "Sus albas eran de punto de rengo, con encaje de pitiflor, chambergo, o de punta capitana"... "Poseía doce ornamentos completos, de seis piezas cada uno, de tisú de oro, con guarnición de encajes de Milán. La esposa era un anillo de valor de 3.000 pesos, adornado de un diamante rosa jaquelado; la cruz pectoral era toda de brillantes, esmeraldas y amatistas".

La corrupción del bajo clero y especialmente de los frailes, tomó cuerpo en la segunda mitad del siglo XVI; y se generalizó tanto que las autoridades, la sociedad y aun la Inquisición, se connaturalizaron con ella. A principios del siglo XVIII sólo escandalizaba a los extranjeros o a los peninsulares de paso en América. Mientras Frazier vibraba de indignación ante el espectáculo del fraile de San Juan de Dios que, rodeado de mujeres de vida airada, bailaba danzas lascivas sobre el tablado de una carreta, y de las bufonadas obscenas que se intercalaban en los cantos religiosos, las autoridades civiles, los obispos, la Inquisición y los superiores, las miraban como la cosa más natural del mundo. Empeñados los indios de un pueblo del Ecuador en reemplazar al párroco, que los esquilaba, por un cura que tenía fama de desinteresado, enviaron una

¹¹ Medina, J. T. *Historia de la Inquisición en Lima*, tomo II, págs. 170 y 171.

comisión a rogarle que aceptara la parroquia, y para decidirlo le ofrecieron darle todas las mujeres que le pareciesen bien. Como un viajero, escandalizado por la corrupción de los frailes de un convento, representara al superior la necesidad de reprimirlos, le contestó que se trataba de vicios muy arraigados contra los cuales no se podía luchar. La corrupción de los conventos de frailes y de monjas y de los párrocos y misioneros de los indios, han quedado indeleble en un documento que, en esta parte concuerda con todos los datos que hemos recogido en otras fuentes: *Las Memorias Secretas de América*. En la imposibilidad de reproducirla textualmente, vamos a espigar algunos párrafos de la obra.

“Los eclesiásticos seculares —dicen— viven mal; pero... aunque las resultas no dejan de ser escandalosas, con todo no llegan al grado que las de los regulares, en quienes, desde el primer paso que dan, aun sin salir de sus conventos, es tan notado y tan público, que escandaliza y llena el ánimo de horror”.

“Entre los vicios que reinan en el Perú, el concubinato, como más escandaloso y más general, debe tener la primicia. Todos están comprendidos en él: europeos, criollos, solteros, eclesiásticos seculares y regulares... Es tan común el vivir las gentes de aquellos países en continuo amancebamiento, que en los pueblos pequeños llega a hacerse punto de honor el estarlo; y así cuando algún forastero de los que llegan a ellos y residen algún tiempo, no entra en las costumbres del país, es notado y su continencia se atribuye no a virtud sino a miseria y economía...”

“La libertad con que viven los religiosos en aquellos países es tal que abre las puertas al desorden. En las ciudades grandes la mayor parte de ellos viven fuera de los conventos, en casas particulares, pues los conventos sirven únicamente a aquellos que no tienen posibles para mantener una casa, para los coristas, novicios y otros semejantes que voluntariamente quieren mantenerse en ellos. Lo mismo sucede en las ciudades pequeñas, en las villas y en los asentos; los conventos están sin clausura, y los religiosos viven en ellos con sus concubinas dentro de las celdas y otros las mantienen en sus casas particulares, exactamente como los hombres casados...”

“Durante nuestra residencia en Quito llegó el tiempo de hacerse capítulo en la religión de San Francisco, y como vivíamos en

el barrio, tuvimos oportunidad de ver todo la que pasaba. Desde 15 días antes que se celebrase el capítulo, nos divertíamos viendo llegar a los religiosos con sus concubinas; y por más de un mes después de concluido el capítulo, fue otra diversión ver salir a los que iban a sus nuevos destinos. En esta misma ocasión se murió un hijo de un religioso que vivía con toda su familia en frente de la casa donde se alojaba uno de nosotros. El mismo día a las dos de la tarde, fué toda la comunidad a cantarle un responso, y después cada uno de los frailes le dió el pésame al doliente.

“En las poblaciones cortas, los conventos están reducidos a burdeles públicos, y en las grandes son teatro de abominaciones inauditas y de vicios execrables. Entran y salen mujeres a todas horas, a guisar, a lavar y a asistir a los religiosos, haciendo el oficio de legos. Del mismo modo entran y salen las concubinas”.

“Encontrándonos en una ocasión próximos a pasar de Cuenca a Quito, fuimos a un convento a despedirnos de algunos religiosos conocidos; llegamos a la celda del primero y encontramos tres mujeres mozas de buen parecer y un religioso que estaba accidentado y fuera de sentido, al cual íbamos nosotros a visitar...” Preguntamos a otro religioso la causa del accidente y en breves palabras nos instruyó de que una de las tres mujeres... era su manceba, con la cual había tenido un disgusto el día antes... y fué ésta indiscretamente a ponérsele delante en la iglesia de un convento de monjas, donde estaba predicando; y arrebátandosele la cólera con su visita, le acometió el accidente, cayendo en el púlpito... “Nos informé, también, que las otras dos asistentes pertenecían, la una a él y la otra al superior de la comunidad”.

“Un miembro de la comisión francesa que trabó conversación en un fandango con una de las mujeres que asistian a él, se ofreció para acompañarla a su domicilio. Al llegar a la puerta de un convento, la mujer llamó. El portero abrió y ella se despidió costosamente, diciéndole que aquella era su casa, y dándole las gracias por la compañía, se entró en él”.

“Los desórdenes que se cometen en los disolutos fandangos de aquellos países son tales, que parecen invenciones del propio espíritu maligno para esclavizar a aquella gente. Pero lo extraño y lo increíble es que estos fandangos o bailes, por lo regular, son

dispuestos por los individuos de las religiones; ellos los costean, concurren a ellos y juntando a sus concubinas arman la función en casa de una de ellas. Luego que empieza el baile, empieza el desorden en las bebidas de aguardiente y mistela, y a proporción que se calientan las cabezas, va degenerando la diversión en deshonestidad y en acciones tan descompuestas y torpes, que no es posible manchar la narración con tales obscenidades". Lo más digno de notarse es que unos actos donde no hay culpa abominable que no se cometa ni indecencia que no se practique, "son los con que se celebran allí las tomas de hábitos religiosos, las profesiones y, lo más particular, que festejen con ellos la celebridad de cantar la primera misa, lo cual parece que es disponer este noviciado a aquellos jóvenes, para que, según él, regulen su vida después; y parece que éstos se aprovechan tan puntualmente de estos depravados ejemplos, que no se apartan en lo más mínimo de su observación".

La condición de hijo de religioso o religiosa, lejos de ser un oprobio, es considerada honrosa. "Se ven, no sin admiración, en una ciudad como Quito, una infinidad de provinciales de todas las religiones, prioras, guardianas, lectores, porque los hijos conservan siempre como título de honor el de la dignidad de sus padres y en el público casi no se les conoce por otros. De modo que así como se gradúan por estos títulos las personas, del mismo modo lo están los hijos con el mérito de sus padres; y no atendiendo a la ilegitimidad ni al sacrilegio, se tienen por felices en poder hacer ostentación de la mayor graduación de la dignidad, y así ni en ellos causa el menor sonrojo, ni se extrañan el ser nombrados por el carácter que sus padres tuvieron en la religión".

Esta tolerancia social y las consideraciones que rodeaban a los hijos, estimulaban a los religiosos a hacer "vida marital con las mujeres que tomaban para sí, sin que haya quién les vaya a la mano; y perdidos enteramente la vergüenza y el rubor, atropellan al sagrado de la prohibición, y aun parece que éste les estimula su lascivia, no contentándose dentro de los límites de una mediana relajación, sino pasando al extremo de la disolución y del escándalo, y excediendo en todo a los seglares más desarreglados..."

"Hallábase de cura en un pueblo de la provincia de Quito, un religioso que había sido provincial, tan desarreglado en su con-

ducta que tenía alborotado al pueblo con sus escándalos. Las quejas llegaron hasta el Presidente y el Obispo, que obligaron al provincial que gobernaba entonces a que lo reconviniese. El acusado oyó en silencio al provincial, y luego que acabó le dijo con gran desenfado que, si necesitaba el curato para algo, sólo era para mantener a sus concubinas y para enamorar, pues por lo que tocaba a su persona con un saco y una ración de refectorio tenía bastante para vivir; así es que, si intentaba prohibirle las diversiones que tenía, podía guardarse su curato, que no lo necesitaba para nada. El resultado fué que el religioso volvió al pueblo y continuó en su pervertida vida lo mismo que antes".

"En el llano donde se hicieron las primeras operaciones correspondientes a la medida de la tierra, había varias haciendas pertenecientes a los religiosos. Gobernaba una de ellas un religioso que había sido en varias ocasiones provincial..." "Este religioso pasaba ya de los 80 años, pero con todo hacía vida marital con una concubina moza y de buen parecer, de suerte que ésta se confundía con las hijas del religioso tenidas en otras mujeres, porque ésta era la cuarta o quinta que había tenido de asiento, y como había tenido hijos en casi todas, era un enjambre de ellos el que había, unos pequeños y otros grandes. Toda esta familia se ponía a oír misa en el oratorio. El religioso decía misa y uno de sus hijos le ayudaba. Pero lo más digno de reparo es que habiendo estado por tres veces sacramentado y a lo último de su vida, no había sido posible conseguir que retirase a la concubina de su presencia y por último, a la cuarta, murió en sus brazos".

"Cuando un religioso ha alcanzado alguna dignidad en su religión, recibe parabienes su concubina como interesada en el mismo honor"...

"Este desorden en el régimen de vida, así en seglares como en eclesiásticos, es general en todo el Perú, de tal modo que lo mismo que practican en Quito y en Lima sucede en las demás ciudades sin diferencia alguna"...

Jorge Juan y Antonio de Ulloa cuidan de decir que la Compañía de Jesús, formaba una honrosa excepción en el repugnante cuadro que acabamos de reproducir. Pudieron añadir, también, que en todas las órdenes y en el clero había sacerdotes y religiosos dignos; pero que nada podían contra la ola

de lascivia y de codicia que se extendió casi de uno a otro extremo de América, aunque en ningún otro país alcanzó las proporciones que en el Virreynato del Perú y en la Presidencia de Quito.

Respecto de la corrupción del clero mexicano, los datos son menos espeluznantes que los relativos al Perú. Tomás Gage ha dejado un cuadro de la vida de los conventos; pero es necesario recordar que este apostólico y severo fraile, en sus últimos años, se hizo protestante. Mientras decía misa y cuando ya había consagrado, un ratón deslizándose a todo correr por el altar se llevó la hostia. Con este motivo perdió la fe en la transubstanciación y abjuró del catolicismo, se hizo protestante y volvió a Inglaterra, de donde pasó a la América Inglesa, para proseguir su apostolado de misionero. He aquí el cuadro: "Fué para nosotros —dice— extraño y escandaloso espectáculo ver en Jalapa a un fraile del monasterio cabalgando un buen caballo, acompañado de su lacayo, con los hábitos remangados hasta la cintura, ostentando unas medias de seda color naranja, unos elegantes zapatos de cordobán y unos calzones de fina holanda con puntilla de tres pulgadas de ancho sobre la rodilla. Al verlo nos entró ganas de curiosear algo más en el vestir de los frailes, en cuyas mangas anchas se le veían los coletos forrados de espesa seda, y a la muñeca la puntilla de su camisa de holanda". Tanto los frailes como las monjas llevaban en sus maravillosos monasterios una vida fastuosa, amenizada por los placeres de la mesa, del juego y del amor, en medio de fiestas espléndidas en que combinaban la riqueza, el arte, el lujo y la devoción... "Es corriente que los frailes visiten a las monjas de su predilección, pasando con ellas días enteros, oyendo música, comiendo dulces; y con este fin tienen los conventos muchas cámaras llamadas locutorios, para conversar a través de un enrejado de madera, y en estas cámaras hay mesas donde comen los frailes y mientras comen los recrean las monjas con sus voces". En estos conventos se educaban las hijas de la alta sociedad mexicana. Se les enseñaban labores, confecciones de dulces y conservas y toda clase de música, además de la enseñanza corriente en la época. Aludiendo a la música, dice Gage: "es tan exquisita en aquella ciudad, que me atrevería a afirmar que viene el pueblo a las iglesias más por deleite de la música que por el de Dios".

No sabríamos decir si las consecuencias

de estas relaciones entre frailes y monjas eran, en los demás pueblos, las mismas que en el Perú. En 1631 resultaron en un convento de Trujillo varias monjas poseídas por el diablo. Daban saltos, contorsiones, gritos y decían diabólicas frases latinas. El escándalo fué mayúsculo. Acudieron los deudos y el pueblo entero a imponerse del desaguisado cometido por el diablo en las siervas de Dios. Los curas examinaron el caso y emplearon los conjuros pertinentes sin resultado alguno, hasta que un padre jesuíta, recordando que los confesores eran frailes franciscanos "que solían tomar su paternidad en sentido demasiado literal, dió con la clave del endemoniamiento. Se trasladó a las monjas embarazadas a un lugar reservado y allí pasaron de hermanas a madres, alumbraron en vez de pequeños demonios, rollizos cachorros franciscanos"¹².

El sensualismo, a pesar de las proporciones casi inverosímiles que tomó, no alcanzaba a absorber totalmente la energía del clero, desviada del catequismo religioso. Los bríos sobrantes se canalizaron en los prelados austeros, en las estrepitosas contiendas con la autoridad civil; y en los frailes, en las peleas entre las órdenes y en los escándalos que provocaban dentro del propio claustro, los capítulos.

4

El Tribunal de la Inquisición, que ya existía en otros reinos, se estableció en Castilla autorizado por el Papa, a solicitud de Fernando e Isabel; y comenzó a funcionar en Sevilla en 1480, con jurisdicción limitada al conocimiento de los casos de judaísmo. Los Reyes Católicos pidieron que la jurisdicción del Inquisidor Torquemada se extendiera, también, a Aragón, donde el Tribunal funcionaba desde antes de establecerse en Castilla; pero el Papa sólo accedió a la unificación en 1487.

Iban corridos ya tres cuartos de siglo desde el descubrimiento de América sin que el temible Tribunal extendiese su jurisdicción al Nuevo Mundo. Pero la corrupción que tomó cuerpo en la sociedad y en el clero peruano en la segunda mitad del siglo XVI, movió a las personas piadosas y a las corporaciones más respetables del virreynato, a solicitar del Rey que lo crease en América,

¹² Medina, J. T. *La Inquisición en Lima*, tomo II, pág. 209.

a fin de que reprimiera los escándalos de seculares y de eclesiásticos. Accediendo a la solicitud, Felipe II lo instituyó en México y en Lima, por Real Cédula de 25 de enero de 1569. El radicado en esta última ciudad tenía jurisdicción sobre toda la América del Sur. El establecimiento del Tribunal fué recibido con un alborozo general, que pronto iba a convertirse en amargo desengaño y a terminar en la abominación general.

La Inquisición tenía dos jurisdicciones diferentes: una relativa a las causas de la fe, a la persecución de la herejía, que eran su finalidad propia; y la otra relativa a materias extrañas a la fe, que se agregaron sucesivamente: la usura (Bula de León X); el delito contra naturaleza (Bula de Clemente VII); el castigo de los confesores solicitantes (Bula de Gregorio XIV); la bigamia, etcétera. Estos últimos asuntos no eran de materia eclesiástica y la jurisdicción del Tribunal emanaba de concesión expresa y precaria del Rey. Caían, pues, bajo la jurisdicción del Santo Oficio: los herejes, los blasfemos, los hechiceros, los adivinos, los invocadores del demonio, los astrólogos, los alquimistas, los infieles, los judíos, los apóstatas, los sodomitas, los confesores solicitantes, los bigamos, etc. Mas, dada la absoluta autonomía del Tribunal, en realidad su jurisdicción no tenía más límites que lo muy enorme y peligroso. Los escandalosos abusos del tribunal motivaron más tarde algunas Reales Cédulas que limitaron su jurisdicción.

Como era de presumirlo, la Inquisición hizo la vista gorda sobre la corrupción del clero. Sólo en los cotados casos en que el escándalo llegaba a conocimiento de la Corte, arbitraba algunas medidas enérgicas, que caían inmediatamente en el olvido. Desentendiéndose de la corrupción de la Iglesia y de la escandalosa vida de los frailes y las monjas en los conventos, se limitó a castigar a los clérigos y frailes solicitantes que eran denunciados, con algunas blandas penas espirituales. En cambio gastó desde el primer momento una severidad rayana en el sadismo en los delitos contra la fe.

El funcionamiento del Tribunal en América no fué en conjunto ni más cruel ni más benigno que en los restantes países del mundo donde actuó. El número de víctimas quemadas, desde su establecimiento hasta el final de la dominación española, osciló entre 60 y 100, cifra baja si se recuerda que las víctimas de las persecuciones religiosas en Inglaterra, bajo el reinado de los Tudor,

excedieron de 500. En cambio, los individuos arruinados física, moral y pecuniariamente por los procedimientos inquisitoriales, con sobrada frecuencia incoados sobre la base de falsas denuncias, sumaron varios miles.

En los 206 años de su duración, el Tribunal de Lima instruyó alrededor de 2.000 procesos. Según Medina, el origen de 1.444 procesos estudiados fué: opiniones erróneas sobre el dogma, 140; judaizantes, 243; mahometanos, 5; luteranos, 65; blasfemos, 97; doctrinas contrarias al sexto mandamiento, 40; bigamia, 297; hechicería, 172; confesores solicitantes denunciados por sus confesadas, 109; varios, 276¹³.

Si la Inquisición española dió la nota alta en la persecución de los judaizantes, inclusive en América, en cambio gastó con la brujería una benevolencia muy vecina a la que dispensó a la corrupción del clero. Mientras las cacerías de brujos, en la segunda mitad del siglo XVI y primer tercio del XVII, causaron en Inglaterra más de 1.000 víctimas, y en Alemania se quemaron profesores, estudiantes, pastores, canónigos de la catedral, vicarios, frailes, un canciller y su mujer y niños de 3 y 4 años acusados de tener amores con el diablo y varios millares de infelices campesinos de ambos sexos sospechosos de brujería, en la América española no hubo cacerías y la Inquisición se limitó a instruir algunos centenares de procesos y a imponer penas más ridículas que crueles y multas de 100 a 400 pesos. Las víctimas eran de ordinario oscuros mestizos o mestizas, tenidos por hechiceros o endemoniados, pero hubo, también, víctimas ilustres, cuyo proceso causó sensación, como el de Pedro Sarmiento de Gamboa, preso por la fábrica de anillos cabalísticos, que encendían en amor a la mujer a quien se regalaba la sortija gemela, y de otros destinados a obtener gracias con los príncipes y los poderosos; y de una tinta que también encendía a la mujer que recibía cartas escritas con ella.

Respecto de los indios, que estaban sometidos a los obispos y no a la Inquisición, de acuerdo con las recomendaciones del Rey, se gastó con ellos, casi siempre, indulgencia, "en atención a que eran plantas tiernas", aún nuevas en la fe. En la cruel y tenaz persecución de que fueron objeto los portugueses que se establecieron en América durante la reunión de España y de Portugal, más que el fanatismo religioso español, pesó

¹³ *La Inquisición en Lima*, 711, pág. 467.

el desplazamiento comercial de los criollos por los portugueses, y el contrabando en escala colosal que éstos organizaron en todas las Indias, y especialmente en Lima. "La calle que llaman de los mercaderes —dice un documento de la época— era casi suya... Desde el brocato al sayal y desde el diamante al comino todo corría por su mano... Tanto el trato a crédito como a comisión era suyo". El número de barcos que salía anualmente de Portugal cargados con seda y tejidos de lana, procedentes de España, Flandes e Inglaterra, solía subir a 200. Los lugares de destino eran, de preferencia, el Brasil y Buenos Aires, desde donde las mercaderías seguían por tierra al Alto Perú.

Durante algún tiempo lograron encubrir su origen y su fe, extremando las prácticas externas del cristianismo. "Ninguno se prende que no ande cargado de rosarios, reliquias e imágenes, cintas de San Agustín, cordones de San Francisco y otras devociones y muchos con cilicios y disciplinas; saben todo el catecismo y rezan el rosario". Pero la animosidad contra los judíos se extendió a todas las clases sociales. La Inquisición, movida por la codicia y por la influencia del medio que la rodeaba, más que por fanatismo religioso, extremó los procesos y las persecuciones hasta que le fué necesario detenerse, porque las cárceles se llenaron y no había dónde colocar los procesados.

Contribuyó, también, a avivar las persecuciones la deslealtad de los portugueses con la Corona de España. La reunión de dos naciones en una sola Corona, les había sido impuesta por la fuerza; y desde el primer momento, el separatismo los empujó a buscar concomitancias con los holandeses, los ingleses y franceses, movidos por la esperanza de encontrar en esas naciones ayuda para recobrar su independencia.

5

Nada es más difícil que representarse el sentimiento religioso de otro "siglo", y especialmente las modalidades que revisten los distintos pueblos. Sin que lo podamos evitar, nuestro cerebro resbala hacia la comparación ilegítima con las características del momento que vivimos; y las líneas de separación entre el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el español, muy definidas hoy día, siglos atrás eran borrosas. En el terreno religioso, la Europa del siglo XVI, para no re-

troceder más lejos, era una caldera en la cual hervían a borbotones los diversos elementos integrantes del catolicismo, buscando una síntesis con los demás aspectos de la vida, profundamente cambiados por los pueblos germanos, que habían recubierto los restos de la cultura greco-romana, al margen de una religión que para unos y otros era exótica. Y este fenómeno era aún más complejo en España, donde bajo la unidad religiosa formal, se destacaban en el fondo tres corrientes religiosas distintas: la ibero-primitiva, la goda y la meridional o andaluza, cargada de influencias berberiscas.

Con estas reservas se cree advertir que, aparte de Santa Teresa y un corto número de místicos, que en su mayoría representan los últimos destellos de la sangre goda, próxima a extinguirse, el español concedía ya hacia esa fecha una importancia desmedida a la devoción, al culto y a las prácticas religiosas. El sentimiento religioso interior y el impulso místico, en el común de los hombres y de las mujeres, se advierte raquítrico y achaparrado, bajo la intensidad de la devoción.

Consecuencia, en parte, de la pobreza del sentimiento religioso interior es la segunda característica de la religiosidad española: el brusco tránsito del fanatismo exaltado, intolerante y conquistador, a la tibieza y aun a la indiferencia religiosa. Cuando no se encausa en un proselitismo desatentado, como las luchas de Felipe II en Europa por la utopía de la unidad religiosa y el quimérico intento de convertir en cristiano civilizado a los aborígenes de América, nación e individuo caen en la laxitud y la indiferencia. La religiosidad española parece necesitar de un estímulo externo que la excite, y entonces reacciona en una forma también externa, desmedida y fanática, en vez del avivamiento de la lámpara interior, que continúa despidiendo una luz débil y mortecina. El brusco tránsito del ímpetu evangelizador delirante de los primeros frailes que pasaron a América, al sensualismo desenfrenado de la segunda mitad del siglo XVI, obedeció en gran parte a la desmoralización producida por el fracaso y a la influencia del medio americano; pero la característica que subrayamos actuó también en el fenómeno.

Finalmente, el aspecto tétrico y sombrío del cristianismo se advierte más claro al alma española que a la de cualquier otro pueblo europeo; en el catolicismo español prevalece Jehová sobre Cristo. "El misticis-

mo, dice Unamuno, ha sido para el español una "perpetua agonía, no una superación de la muerte". Los ejercicios prescritos por las constituciones jesuítas durante el noviciado, para crear en el neófito el estado delirante y el éxtasis, constituyen un documento psicológico precioso. El neófito debe meditar cinco horas al día encerrado en su celda, sin ver a nadie ni pensar en nada extraño al tema de la meditación. Debe representarse, por ejemplo, una montaña en la cual encuentra a Jesucristo, a la Virgen y al Señor, con sus santos y los ángeles, en un campamento cerca de Jerusalén; y frente a ellos, en otro gran campamento, no lejos de Babilonia, a Lucifer, sentado en un sillón de fuego y humo y con rostro horrible, comandando a los impíos. En la meditación sobre el infierno, lo primero es contemplar con la imaginación los grandes incendios del averno y las almas abrasadas por las llamas materiales; en seguida debe oír con la imaginación los lamentos, sollozos y gritos de los condenados; respirar con la imaginación el humo, el azufre y la hediondez de una sentina de podredumbre; gustar con la imaginación las cosas más amargas, y, finalmente, debe tocar con la imaginación las llamas que abrasan a las almas.

El Dios de misericordia y de bondad del señor Villarroel (Obispo de Santiago de Chile y más tarde Arzobispo de Charcas) sólo aparece muy de tarde en tarde, como nota discordante y antipática en su época. En el fondo, los jesuítas divisaban en el prelado un sacerdote sin verdadera religiosidad, indulgente con el error, casi un alcahuete del mal.

La creencia en los milagros más absurdos, que dominó sin contrapeso aun entre los jesuítas más hábiles y cultos, no es una característica de la religiosidad española, sino un corolario del grado de evolución mental de la época, común a todos los pueblos europeos. El caso del demonio que se escapó en forma de un gran perro negro por el oído izquierdo de una indiecita de 14 años, en la cual se había aposentado, cuando el santo padre jesuíta Mascardi le aplicó una imagen de una reliquia de San Ignacio (1653), hace *pendant* con la creencia del ilustrado marino francés, para quien era artículo de fe que un negro hechicero podía parar un barco o impedirle moverse, aunque soplase buen viento y las velas estuviesen hinchadas; y con la creencia del misionero protestante inglés Gages (antes fraile católico), de que

el pato que seguía a todas partes a la vieja Martha Carrillo, era su bien amado diablo y su espíritu familiar, con cuyo auxilio el día que lo quisiera podría destruir la ciudad. Lo más que puede concederse en este terreno es que la devoción de las imágenes y los santuarios, común a los pueblos católicos, es más plástica y más exaltada en el español.

El siglo XVIII se caracteriza en América por una tibieza general del sentimiento religioso con relación al del siglo XVII, cuya fisonomía es la coexistencia de la exaltación mística sostenida por los jesuítas, con la relajación del grueso del clero. Se ha creído divisar en este fenómeno el resultado de la penetración del espíritu del enciclopedismo. Es una simple ilusión. En España la penetración se limitó a la clase dirigente y al intelectual, sin alcanzar a la masa. En América no pasó más allá de las esferas oficiales y de uno que otro letrado o aristócrata leído. La explicación hay que buscarla en la lascitud que siempre se sigue a las tensiones exageradas y en la hostilidad a la Compañía de Jesús y en su expulsión. En este sentido, el enciclopedismo fué un factor efectivo, que actuó de rebote, al inspirar la medida.

6

Aunque en el ensayo que consagramos a la lucha de Bolívar por la organización política de los pueblos libertados por su espada, encaramos a fondo la profunda diferenciación de las distintas secciones del Imperio español en América, el desarrollo de la lucha por la independencia exige anticipar, siquiera en líneas generales, el fenómeno.

La compenetración del español y sobre todo del criollo con el país donde arraigó, o donde vió la luz, se produjo, con rara fuerza desde el primer momento. Tendencia del alma ibera al localismo, como quieren algunos sociólogos, fuerte irradiación magnética del virgen y atrayente medio americano, como quieren otros, el español y su descendencia antes de la tercera generación fué mexicano, peruano, chileno, neogranadino, venezolano, argentino, etc., antes que español.

En su oportunidad, veremos la influencia de la diversidad de las sábanas aborígenes, del medio físico, del aislamiento intercolonial, del régimen político, de la forma que tomó el desarrollo de la colonización y del predominio psicológico de un determinado

componente del pueblo español y especialmente del vasco, el andaluz y el castellano. Por el momento, basta con afirmar el hecho de que, hacia 1810-20 ya era imposible la convivencia duradera de argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, aun bajo el régimen militar.

7

La forma política de las colonias inglesas de Norteamérica, ha acaparado en tal medida la atención de los historiadores y de los tratadistas de derecho público, que los factores psicológicos que presiden su vigorosa evolución social, han quedado relegados al claroscuro. Los políticos hispanoamericanos del siglo XIX y el primer tercio del XX, por su lado, al radicar en ella el propulsor de su vertiginoso desarrollo, no sólo han interpuesto una espesa venda entre su cerebro y la realidad, sino que han añadido artificialmente un despeñadero más en la difícil y peligrosa trayectoria que necesita recorrer la América española para incorporarse efectivamente a la civilización occidental. Sólo el propio desarrollo intelectual logrará modificar esta visión. Pero el esbozo de las características de la evolución social de ambas Américas, proyecta sobre su pasado, su presente y su porvenir inmediato una claridad, en todo cerebro capaz de penetrar más allá de la irisada superficie de la historia, que inútilmente se intentará producir con otros recursos literarios.

Al revés de la espectacular colonización española, la inglesa nació humilde; sufrió al comienzo fracasos que parecieron irreparables; y aun después de afianzada su supervivencia, nada hacía presentir que encerraba el germen de una grandiosa civilización. Sólo a principios del siglo XVII lograron establecerse en la Bahía de Cheasapeake y en Massachusetts los pequeños grupos de ingleses que, antes de correr tres siglos, debían encabezar el grupo de naciones que integran la moderna civilización occidental. Todo inducía a creer que prevalecerían los españoles, los cuales, partiendo de las Antillas, durante el siglo XVI avanzaron por el Atlántico hasta la misma bahía de Cheasapeake, donde establecieron la plaza de San Martín (1565), y ocuparon la Florida y la comarca de los indios pueblos, Nueva México, en el siglo XVII, el oeste de la costa del Golfo (Texas), y más tarde por el Pacífico, California, hasta topar con los rusos más al norte de

San Francisco. Más probabilidades de prevalecer que los ingleses parecían tener también, los franceses. A principios del siglo XVII lograron asentar pie firme en la Acadia y la depresión del río San Lorenzo; penetraron al interior y dominaron el territorio que rodea el Lago Superior, y con Lasal, se posesionaron de la cuenca del Mississippi (1682), y extendieron su influencia hasta el pie de las montañas Rocallosas.

Los primeros pobladores de establecimientos ingleses fueron inconformistas de la vida política y religiosa de su patria, que no tenían, como tampoco la tenía Inglaterra, una civilización más adelantada que la francesa o la española. Pero traían sobre los españoles cuatro grandes ventajas de la conciliación de las vidas terrenal y celestial, o sea, de una áspera energía económica con una profunda religiosidad, y la incorporación a su acervo mental del hábito y de la dignidad del trabajo; el desprendimiento, gracias a un conjunto de circunstancias eventuales del espíritu de clase y de casta, que informaba la estructura de la sociedad occidental, y la ausencia del regionalismo ibero.

A estas ventajas iniciales se agregaron tres sobrevivientes que decidieron de sus destinos. La primera fué el carácter familiar de la emigración y la repulsa a la mezcla de su sangre con la del aborígen, aún detenido en grados bajos de la evolución mental, con lo cual, los colonos ingleses evitaron la retrogradación que experimentó el español, y conservaron intactas sus características mentales y la influencia espiritual y cultural moldeadora sobre los elementos étnicos de distintas procedencias, pero en igual grado de evolución mental, que se agregaron sucesivamente al núcleo o célula. La segunda gran ventaja fué la concentración en una zona limitada y de comunicaciones fáciles que imprimió unidad y vigor a la fuerza social moldeadora e hizo posible más adelante la formación de un estado poderoso sobre la base de las trece colonias primitivas. La tercera fué la alta calidad de los elementos europeos que, empujados por motivos religiosos, económicos o políticos, se agregaron al núcleo primitivo. Como consecuencia del florecimiento de la industria lanera, la crianza de ganado se tornó un negocio más lucrativo que el arriendo de las tierras, y los terratenientes ingleses despidieron a los arrendatarios, para transformar sus campos en pastizales. Una considerable masa de campesinos fuertes, sanos de cuerpo y de

alma laboriosos, dejaron las playas de Inglaterra, donde habían quedado sin tierras, para incorporarse a las colonias inglesas de ultramar. Junto con los campesinos emigraron, también, a América, numerosos adeptos de comunidades religiosas prohibidas: católicos, puritanos, cuáqueros, presbiterianos y bautistas británicos; luteranos, hermanos moravos, memmonistas, hugonotes y salzburgueses continentales. Los primitivos colonos, a diferencia de los españoles y los portugueses, recibieron a los nuevamente llegados con los brazos abiertos, y dejándoles una amplia libertad de conciencia, que desde el primer momento se orientó hacia la conciliación con la unidad política.

A mediados del siglo XVII, este conglomerado de elementos étnicos superiores había adquirido ya la dureza suficiente para imprimir su sello a los nuevos grupos de europeos que se le agregaron. El más importante fué la numerosa emigración alemana que arribó a Pennsylvania, hacia la misma época y se derramó por todas las colonias. Las fuerzas moldeadoras del núcleo primitivo eran ya tan poderosas que en la segunda generación los descendientes de los alemanes, salvo su culto de la autoridad, que en la guerra de independencia los iba a agrupar casi en masa del lado del rey y de la legitimidad, eran yanquis de tomo y lomo.

De esta fecha parece datar la incubación de un fenómeno que, por su propia naturaleza, pasó inadvertido, y que sólo debía hacerse presente siglo y medio más tarde: la incubación de los gérmenes de una poderosa imaginación creadora, que siempre ha sido resultado del cruzamiento feliz de elementos étnicos superiores, favorecidos en la cuna por factores sociológicos favorables.

A esta altura, en la evolución social anglo-americana, empezaron a llegar en mayor abundancia los elementos étnicos indiscriminados: los europeos que venían en condición de siervos blancos y los esclavos negros adquiridos por los plantadores del sur.

Paralelamente al crecimiento de la población, se realizó el ensanche del territorio, bajo el dominio británico, con la anexión de Nueva Holanda (1664); la Acadia y Terranova (Paz de Utrecht); el Canadá; la Luisiana, situada al Este del Mississippi, y la Florida (1763). Después de la independencia se segregó el Canadá y se agregaron: la Luisiana al Oeste del Mississippi, cedida por España a Napoleón y vendida por éste a los Estados Unidos (1803); la Florida,

comprada a España, que la había recuperado de Inglaterra (1810); Nuevo México, parte de Colorado, Utah, Nevada, Arizona y Alta California (Tratado de Guadalupe Hidalgo, 1848, y negociación de Gadsdem, 1853), y compra de Alaska a Rusia (1867).

Este inmenso territorio de 9.346.699 km², abarca desde los grandes Lagos por el Norte, el Golfo de México por el Sur, el Atlántico por el Oriente y el Pacífico por el Poniente, más el anexo aislado de Alaska. Su valor, desde el punto de vista de la vida humana, se refleja en la densidad de la población, que dobla más de 15 veces la del dominio inglés del Canadá.

El régimen colonial inglés se caracterizó por una gran libertad política y un sistema mercantilista encaminado a explotar la colonia en beneficio de la metrópoli, más restrictivo y más sabio que el español; y una influencia cultural menos activa que la de España.

La inmigración europea prosiguió activísima durante todo el siglo XIX y comienzos del XX. Procedía, ahora, normalmente, de capas más bajas de la sociedad; pero el hambre en Irlanda y la revolución de 1848 en Alemania, provocaron inmigraciones en masa, en cuyo seno iba el acervo normal de eugenismo. En la misma inmigración procedente de las capas bajas había un eugenismo latente invisible, determinado por la atracción del desarrollo vertiginoso y por las posibilidades ilimitadas del nuevo imperio que marchaba impetuosamente hacia la más alta cima de la grandeza y del poderío mundiales, que atraía de preferencia a los hombres que tenían reservas de energía vital que quemar. Pasó a América un crecido número de aventureros y de pícaros; pero la dureza de la vida alejó a los vaciados, a los que ya no tenían fuerza para pelear la áspera batalla de la vida, y la falta de la sopa boba de los conventos, eliminó a los pocos que pasaron. El medio social, ahora potentísimo, americanizó en la primera o la segunda generación nacida en América a los nuevos emigrantes. El negro mismo estaba americanizado, y el arduo problema de la convivencia ha quedado reducido a la expulsión biológica, que contraría la rápida refusión en una sola entidad étnica.

La proporción de emigrantes eslavos y latinos, que era de 1,6% en el período de 1860 a 1870, subió, en el de 1900 a 1910, al 76,7%, y la natalidad en este elemento es mucho más alta que en el nórdico, con

lo cual queda planteada para el futuro lejano el problema de las influencias relativas de la constitución mental de las razas humanas, *versus* la vigorosa influencia moldeadora de los medios sociales poderosos en el apogeo de su trayectoria. Ultimamente las restricciones a la emigración europea han obligado a abrir las puertas a la americana, casi totalmente producto del antiguo cruzamiento del español con las razas aborígenes, con fuerte predominio de las últimas.

Dato de importancia capital es el hecho ya apuntado de que Inglaterra no desplegó respecto de sus colonias americanas, el enérgico esfuerzo cultural de España respecto de las suyas. La cultura americana fué, desde el primer momento, autóctona, o sea, el resultado del desarrollo de los gérmenes que traían latentes los primeros pobladores, y de la digestión y adaptación de las influencias europeas posteriores, después de pasarlas por el tamiz de apretada malla del temperamento, del carácter y de sus ideales de la vida.

Como resultado de este complejo conjunto de factores sociológicos, las antiguas trece colonias, que se unieron después de la independencia, se transformaron en un poderoso imperio republicano, que alcanzó en el primer cuarto del siglo XX la cúspide de la grandeza y del poderío mundiales. En cuanto a su fisonomía sociológica, no es, como se ha creído hasta hoy día, un simple mugrón de la cultura occidental moderna, arraigado en el suelo virgen de América. Es una auténtica nueva civilización, surgida de la mezcla de los elementos que engendraron aquélla, remozados por el cruzamiento, con características propias, sin precedentes en la historia, revestida con la cultura occidental.

Los rasgos cardinales de esta nueva civilización son:

La juventud sociológica. Ya se considere al norteamericano individualmente, ya se considere la nación, lo que primero resalta es la impresión de juventud, mezcla indefinida de superabundancia vital, de necesidad de acción, de confianza en sí misma, de brusquedad, de marea creciente, que contrasta con la usura, la cautela, el cálculo y el deseo de reposo de las civilizaciones que, después de florecer y fructificar, trasponen la curva ascendente del ritmo de la vida y empiezan a descender en medio del apogeo esplendente de su cultura: Italia, Francia, Inglaterra, etc.;

La ausencia de clases y de castas y de barreras sociales, que no sólo la diferencia

de la antigua democracia romana, con sus patricios, plebeyos y esclavos, sino también de las civilizaciones occidentales modernas;

La intensidad de la endósmosis y de la exósmosis sociales, o sea, del ascenso y del descenso del ciudadano desde el bajo fondo al primer plano y viceversa;

El desplazamiento horizontal, o sea, la movilidad de obreros, campesinos, empresarios e industrias que se trasladan de un lugar a otro o de una actividad a otra, siguiendo los cambios de la producción o del comercio, originados por los progresos en las comunicaciones o de la técnica o por las condiciones económicas nacionales o mundiales;

La movilización de todos los valores latentes en la sociedad, espoleados por el medio social y por la amplitud de las oportunidades;

La poderosa imaginación creadora que, surgiendo en una lenta, pero firme ascensión, desde muy abajo, ha pasado al primer plano en el terreno económico y científico, dejando algo de lado el aspecto artístico;

La valoración del trabajo físico hasta colocarlo a la altura del intelectual, mediante el aplastamiento del concepto despectivo que venía de la civilización greco-romana, basada en el brazo del esclavo y en el tributo del vencido;

El progreso, como corolario de los avances de la técnica y de la conquista de las fuerzas de la naturaleza, característica de la civilización occidental, que en los Estados Unidos ha tomado una velocidad vertiginosa;

La evolución política, expresión del genio de la raza, libre de toda sujeción extraña y de toda influencia teórica, salvo la forma externa de la organización de los poderes, que lo ha puesto a cubierto de las rachas de índole ideológica que sacudieron al pueblo francés desde el final del siglo XVIII hasta el último tercio del XIX; de las explosiones pasionales que hicieron de la vida política española un rosario de pronunciamientos; del caudillaje, que arruinó por tres cuartos de siglo la energía creadora en la América española, y de la imitación simiesca que la ha convertido en cuye de laboratorio, destinado a descubrir la nueva piedra filosofal, o sea, el arte de producir riquezas sin trabajar ni economizar, mediante la varilla mágica de las teorías económico-sociales, y a elevar el nivel de vida, sin el correspondiente aumento de la capacidad productora y de las virtudes económicas;

La guerra de secesión, costosa y sangrien-

ta, obedeció a la necesidad de amputar el cáncer de la esclavitud, legado por la dominación inglesa y defendido por el interés económico de los estados del Sur.

Finalmente, la evolución social del pueblo norteamericano se caracteriza por su normalidad: primero, la formación del núcleo; segundo, la del poderoso medio social que imprimió su sello a los elementos que cayeron bajo su influencia; en seguida el crecimiento material, sobre la base de un enorme territorio abundante en todos los recursos necesarios a la vida humana; después un vigoroso desarrollo de las aptitudes económicas y de la riqueza, y como coronación, las ciencias abstractas y los albores del florecimiento artístico, o sean las cornisas, los frisos y los adornos del edificio.

La comparación del Imperio Británico, durante su apogeo, con el Imperio Romano, fué un lugar común de historiadores y de tratadistas políticos. Más allá de sus diferencias fundamentales, ambos evocaban la imagen de un árbol de tronco demasiado débil y ramas excesivamente frondosas. En cambio, la antítesis entre ambos imperios y los Estados Unidos, es completa. El Imperio Romano fué un conglomerado de pueblos heterogéneos, esparcidos en Europa, Africa y Asia, que jamás se integraron ni habrían podido integrarse en un estado orgánico; surgió en el ocaso de una cultura, de la concepción del más poderoso genio político que ha producido la humanidad, y sobrevivió más de cinco siglos a la disolución de la metrópoli en cuanto estado en forma, gracias a la ausencia de otro estado capaz de remecer sus muros desplomados. Los Estados Unidos surgieron como un todo orgánico en un territorio unido, bañado por dos océanos, cuya extensión excede al continente europeo, eliminada Rusia. A diferencia de Roma, ha surgido sin rivales colindantes, y, a diferencia, también, de la antigua señora del mundo, enfrente de otro coloso animado de un riguroso imperialismo mundial, que una larga serie de guerras desgraciadas habían contenido a medias y que un trascendental error político de los propios Estados Unidos alzó sobre el pavez y convirtió en adversario formidable.

8

Durante más de un siglo, los historiadores hispanoamericanos, empaados en el odio a España, que surgió de la guerra de la Inde-

pendencia, se han representado la colonización española de acuerdo con la manoseada salida de Cervantes, resentido con la denegación del permiso para pasar a América: "Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos" (*El Celoso Extremeño*).

Hemos visto que los conquistadores españoles fueron una élite seleccionada por la audacia, el coraje, la dureza física y el espíritu aventurero, a la cual animaba en el subconsciente un recio ímpetu creador. Anidaba en ellos una superabundancia de energía vital, susceptible de ser transfigurada en energía económica, cimiento de toda civilización moderna. Desde este punto de vista, era una materia prima de primer orden, que nada tenía que envidiar a los colonos ingleses que formaron el núcleo primario de los Estados Unidos. Pero su energía aún no se había canalizado, como lo de éstos, en sentido económico; los estímulos que encauzan al hombre en el trabajo regular estaban todavía en embrión. Su psicología era la del hidalgo de capa y espada de los siglos XV y XVI. Despreciaban el trabajo como actividad vil, y no concebían otro camino hacia la fortuna y la elevación social que el de los tesoros conquistados por su espada y el de las recompensas otorgadas en premio de sus hazañas.

Los medios social y moral de la América española parecían calculados para atrofiar el desarrollo de los estímulos y de las aptitudes que conducen a la actividad económica. Los objetos y adornos de oro y de plata acumulados por las culturas indígenas precolombinas, soliviantaron los sesos de los fantásticos y deslumbraron en los primeros tiempos aun a los más cuerdos. El clima benigno de las mesetas subtropicales, la superabundancia de los recursos naturales, las minas de plata de México y del Perú, y el brazo casi gratuito del indio, bastaban para contrariar la transformación del hombre de capa y espada, en hombre económico y para plegarlo al trabajo regular. A mayor abundamiento, el fraile inflamado que pasó a América con el conquistador, al combatir la codicia (concepto que confundía con la actividad económica) y predicar el desdén de la vida terrenal, sin proponérselo, predicaba el ocio, el juego, la discordia y la inmoralidad en todas sus formas. Pero todos estos

factores adversos a la transformación del conquistador en colono laborioso, sobrio, moral y progresista, no cuentan delante del factor capital, del eje en torno del cual ha girado hasta hoy día y seguirá girando por siglos más la evolución social de los pueblos hispanoamericanos: el mestizaje con las razas aborígenes detenidas en tramos bajos de la evolución social y sus consecuencias psicológicas: el descenso en la escala del desarrollo cerebral, la infancia mental y los demás corolarios a que pasamos revista en los párrafos pertinentes; y en el terreno sociológico, la formación de pueblos enchapados en una capa blanca ligeramente mestizada a la cual pertenece el presente, y el fondo aborigen puro o mezclado con negro y con ligeras dosis de sangre europea (salvo en algunas secciones) al cual pertenece el futuro.

Corolario del mestizaje fué, también, el relativo fracaso de la influencia cultural española. Al revés de Inglaterra, que culturalmente abandonó a sí mismas a sus colonias de América, limitándose a imponer restricciones comerciales en beneficio de la metrópoli, España desplegó un vigoroso y tenaz esfuerzo cultural, que experimentó un colapso, pero no un retroceso, en el siglo XVII, y que reaccionó briosamente en el XVIII, a impulso del despotismo ilustrado. Pero esta influencia cultural no podía contrarrestar el retroceso mental producido por el cruzamiento, y quedó limitada a las clases altas, que representaban una corta élite, una simple capa de barniz extendida sobre la masa mestiza.

Durante la Colonia, la evolución social de los pueblos hispanoamericanos se realizó con un ritmo en exceso acelerado, con relación al de las civilizaciones occidentales modernas; pero hasta cierto punto abrigado por la dificultad de las comunicaciones, y el semi enclaustramiento y la tutela de la metrópoli. Mas, al desembocar a la vida independiente, se encontraron enfrentadas al primero de los tres problemas trascendentales de cuya solución pende su destino: el de la capacidad política para gobernarse a sí mismo.

En el futuro inmediato, con caracteres distintos en cada pueblo, se alzaba el espectro que instituyó el genio de Bolívar: el problema racial y el nuevo retroceso que iba a ser el corolario de la unificación de elementos étnicos entre los cuales median fases enteras del desarrollo mental.

Y un poco más lejos, la visión que turbó el sueño del Presidente Manuel Montt y del poderoso cerebro de Antonio Varas, sin lograr intuir el origen de sus inquietudes sobre los destinos de su patria. Hacia 1810, en toda la América Española, la naturaleza suplía generosamente y en algunas secciones con esplendidez la ineptitud económica de la población. Un nivel de vida patriarcal, casi primitivo, concurría por el otro lado, a equilibrar las necesidades y los recursos indispensables para satisfacerlas. Racionalmente el equilibrio debió mantenerse, mediante el desarrollo paralelo de la elevación del nivel de vida y de las aptitudes económicas de los habitantes. Pero dentro de la realidad, jamás se ha mantenido este paralelismo en los pueblos retrasados que entran en contacto estrecho con civilizaciones avanzadas. Desde que el contacto se intensifica, la sociedad inferior aprende a consumir antes que a producir; el standard de vida crece en proporción geométrica y las aptitudes económicas en proporción aritmética. Mientras la superabundancia de riquezas naturales equilibra los recursos con las necesidades, el pueblo retrasado prosigue su jornada ascendente, pero, junto con romperse el equilibrio, la población en vez de restablecer la normalidad con un trabajo más intenso y más inteligente, o la reducción del costo de la vida mediante el desarrollo de las virtudes económicas, la sobriedad, el espíritu de ahorro, la destreza en la conservación del vestuario, en la utilización de los alimentos, etc., se echa en brazos del Estado. Se produce la hipertrofia burocrática; el número de empleados inútiles, que suelen exceder dos y tres veces las necesidades de los servicios públicos, el de los jubilados, que es el equivalente hispanoamericano de la antigua sopa boba de los conventos españoles del siglo XVII, y que en ningún país sano pasa del 10% del personal activo, excede el 50% y en algunos ramos casi lo iguala.

Al fenómeno primario, se une otro provocado por él: la alianza del desprecio aristocrático e intelectual por el trabajo físico y de la tendencia del obrero a evadirse de una actividad aún no incorporada a firme en su psiquis. Bajo la presión de los gremios, la legislación, en vez de estimular el desarrollo del hábito del trabajo y de dignificarlo, se convierte en amparo y en estímulo del ocio. El número de intermediario parásitos se multiplica en la forma desmedida que se suele observar en algunas regiones

del antiguo Oriente. El plan de fomento se subordina a la necesidad del pan del proletariado intelectual y de los gremios profesionales. Los servicios inútiles y aun perjudiciales se multiplican como la mala yerba, y se emprenden en un año obras que exigían ser empeñadas en un período de veinte para subvenir a sus necesidades.

Después de un corto período de euforia, sobreviene el desquiciamiento de la economía nacional: el desequilibrio de la balanza de pagos; el exceso de consumos sin los aumentos correlativos de la producción; se paraliza el desarrollo económico; bajo la forma disimulada de la devaluación de la moneda y del aumento de los impuestos, se destruyen los capitales acumulados por las generaciones precedentes; y casi siempre, al trastorno económico, se sigue el trastorno social.

Paralelamente se desarrolla un proceso de orden moral. El desequilibrio entre las necesidades creadas por los avances de la cultura y los medios de satisfacerla, actúa como un ácido corrosivo sobre la moral pública y privada de gobernantes y de gobernados, que ni las exhortaciones ni la sanción logran contener. Un malestar general aqueja al alma colectiva y engendra una ola de deprimente pesimismo.

De esta suerte la cultura, fruto de bendición cuando es la resultante del desarrollo

equilibrado de un pueblo, se torna en peligroso agente de disolución y ruina, cuando es una simple capa de barniz extendida por la enseñanza o por el contacto con civilizaciones más avanzadas. Y como por ironía, es en los pueblos que más han logrado extender la cultura a la masa de la población donde el fenómeno reviste mayor gravedad.

En resumen la colonia legó a la República un edificio sin cimientos, que no otra cosa es un pueblo cuyos miembros carecen de las aptitudes políticas y económicas necesarias para sostener y desarrollar la civilización contemporánea, y de las virtudes cívicas en que descansa la estabilidad social y la regularidad del gobierno. La superabundancia de productos naturales ha apuntalado hasta hoy día los muros del edificio y pagado los rotos de la anarquía política. La enseñanza sistemática, en vez de consolidar el edificio, mediante el único recurso que está a su alcance: la creación de los estímulos que conducen a la actividad económica, ha empleado siglo y cuarto en adornarlo con frisos, cornisas, chapiteles y decoraciones hermosas. Con el desequilibrio creciente entre la elevación del standard de vida y la capacidad productora, caerán sucesivamente los puntales en las diversas secciones, y estallará la peligrosa crisis que acabamos de esbozar.